



Núcleo Interdisciplinario
Ciencia, tecnología e innovación
para un nuevo desarrollo.
Una propuesta heterodoxa
en tiempos de crisis global.



Espacio Interdisciplinario
Universidad de la República
Uruguay

Documento de
Trabajo CiTINDe
Nº 7

Sobre las
nuevas
derechas, las
ideas políticas y
la cuestión del
desarrollo

Rodrigo Arocena

Agosto de 2024

El objetivo de CiTINDe es articular un nuevo abordaje de los problemas del desarrollo con nuevas políticas de ciencia, tecnología e innovación (CTI). Las estrategias predominantes en materia de desarrollo no le han asignado lugar significativo a CTI al tiempo que las políticas predominantes de CTI han sido poco fecundas en materia de desarrollo. Enfrentar ambas cosas requiere perspectivas heterodoxas e interdisciplinarias, que aspiramos colaborar a construir desde el Núcleo.

Los Documentos de Trabajo de CiTINDe ponen a disposición de quienes se interesan por la temática del desarrollo y la de ciencia, tecnología e innovación, así como por sus relaciones recíprocas, textos que aportan información, análisis y reflexión. Estos textos resultan, en general, de actividades llevadas a cabo en el Núcleo, aunque se prevé la publicación de trabajos interesantes de colegas que no lo integran. Se espera que contribuyan al intercambio de ideas y que puedan también resultar útiles en la enseñanza universitaria.

The aim of SciTINDev -Interdisciplinary Group “Science, technology and innovation for a new development. A heterodox proposal in times of global crisis” is to articulate a new approach to development problems with new science, technology and innovation (STI) policies. Prevailing strategies for development have not put STI in a significant place; prevailing STI policies have not made significant contributions to development processes. Facing both shortcomings requires heterodox and interdisciplinary perspectives at which construction the group attempts to contribute.

The SciTINDev Working Papers make available to those who are interested in the subject of development and science, technology and innovation, as well as their reciprocal relationships, texts that provide information, analysis and reflection. The WP will generally be the result of activities carried out in the Nucleus, although colleagues who do not belong to it are welcome to propose interesting texts. The WP are expected to contribute to the exchange of ideas and may as well be helpful for teaching purposes.

Comité Editorial

- ❖ Rodrigo Arocena, Universidad de la República, roar@fcien.edu.uy
- ❖ Luis Bértola, Universidad de la República, luis.bertola@cienciassociales.edu.uy
- ❖ Gerardo Caetano, Universidad de la República, gcaetano50@gmail.com
- ❖ Elena Castro, INGENIO (CSIC- Universitat Politècnica de València), España, ecastrom@ingenio.upv.es.
- ❖ Anabel Marin, Institute of Development Studies, IDS, Reino Unido, A.Marin@ids.ac.uk
- ❖ Judith Sutz, Universidad de la República, jsutz@csic.edu.uy

Guía para autores

- Los textos se enviarán a Luis Bértola o Judith Sutz, coordinadores de CiTINDe, quienes los distribuirán a integrantes del Comité Editorial para apreciación y comentarios.
- Se solicita que los textos se presenten en tipografía TNR 12 o similar, en versión editable.
- Deberán tener un resumen en español y en inglés, acompañado de palabras claves.
- Pueden utilizar cualquier sistema de referencias, siempre que sea consistente.
- Los Documentos de Trabajo de CiTINDe aparecerán en línea y podrán ser publicados, en todo o en parte, en otros espacios

La citación de trabajos publicados en esta serie debe incluir:

Documento de Trabajo de CiTINDe N° x,
Universidad de la República, Uruguay.

Sobre las nuevas derechas, las ideas políticas y la cuestión del desarrollo

Resumen

El auge ideológico y político de las derechas extremas oscurece las perspectivas del desarrollo entendido como mejora de las condiciones de vida en general, con especial atención a la sustentabilidad ambiental y a la inclusión social. En América Latina ese auge dificulta los esfuerzos orientados a superar la condición periférica. El individualismo a ultranza que caracteriza a las nuevas derechas debe ser confrontado al nivel de las ideas y de las aspiraciones de los seres humanos. En este texto se apunta a explorar alternativas orientadas, ética y prácticamente, por la noción de solidaridad eficiente. Algunas sugerencias se formulan, a título de ejemplo, en el contexto de nuestra región en el nuevo panorama del mundo.

Palabras clave: *desarrollo, condición periférica, nuevas derechas, solidaridad eficiente.*

Abstract

The ideological and political rise of the extreme right is obscuring the prospects for development understood as the improvement of living conditions in general, with special attention to environmental sustainability and social inclusion. In Latin America, this boom hinders efforts to overcome the peripheral condition. The extreme individualism that characterizes the new right should be confronted at the level of ideas and aspirations of human beings. This text aims to explore alternatives oriented, ethically and practically, by the notion of efficient solidarity. Some suggestions are formulated, by way of example, in the context of our region in the new world panorama.

Key words: *development, peripheral condition, new right, efficient solidarity.*

Sobre las nuevas derechas, las ideas políticas y la cuestión del desarrollo

Rodrigo Arocena

Índice:

- Presentación
- La irrupción de las nuevas derechas hace aún más difícil al desarrollo
- Promoción del subdesarrollo
- Afirmar el cimiento normativo
- Una orientación para la práctica
- De la ideología al sentido común de la política
- Sobre los intereses y las pasiones
- Las ideas en las dinámicas sociales
- El individualismo como doctrina y como estrategia
- Las conveniencias en perspectiva
- Posibilidades de la agencia orientada a la cooperación
- Latinoamérica en la “de-globalización”
- Observaciones acerca de algunos procesos en curso
- La noción de solidaridad eficiente
- Sobre el Estado y las capacidades
- Posibilidades
- Referencias

Presentación

El auge en curso de nuevas derechas extremas hace que las posibilidades del desarrollo sean todavía más complicadas que en el pasado reciente. Las ideas y las políticas que esas derechas impulsan tienden a bloquear el tránsito hacia la sostenibilidad ambiental y hacia mayor justicia social. En América Latina y el Caribe, contribuyen además a afianzar la condición periférica y, en especial con la opción por “la mano dura” en materia de seguridad, debilitan a la institucionalidad democrática.

En ese contexto se hace necesario repensar la cuestión del desarrollo y, en especial, profundizar el análisis de sus dimensiones normativas. En la dirección marcada por Amartya Sen, el desarrollo debe caracterizarse ante todo por ciertas opciones éticas. Es necesario cultivar una perspectiva de derechos y deberes contrapuesta al culto del individualismo, el énfasis unilateral en la libertad que la mutila, y el menosprecio de lo colectivo que son propios de las nuevas derechas.

El enfoque normativo afinado ha de contribuir al enriquecimiento del enfoque propositivo, complementando la propuesta central de Sen – apuntar a la expansión de las libertades y las capacidades a partir de la agencia de la gente – con la prioridad asignada a la *solidaridad eficiente*, entendida como una pista u orientación general para buscar soluciones adecuadas y justas a problemáticas compartidas a partir de la cooperación en términos igualitarios.

Se trata de elaborar, conceptual y prácticamente, esa pista para la mejora de la calidad de vida individual y colectiva, material y también espiritual. Semejante propósito conduce a encarar, aunque aquí solo se pueda hacerlo de manera harta preliminar, cuestiones muy difíciles y estrechamente vinculadas entre sí. Lo primero es si la discusión de ideas tiene realmente relevancia para las prácticas. Ello lleva directamente a pensar en cuáles son los factores que mueven a los individuos de nuestra especie. Ocuparse de la opaca y cambiante condición humana es incursionar en un terreno seguramente resbaladizo, pero probablemente insoslayable si se apunta a calibrar el papel de las ideologías en las dinámicas sociales.

Es necesario encarar asuntos como los mencionados en el párrafo anterior para explorar alternativas a los planteos de las nuevas derechas. Estos tienen como eje doctrinario y asimismo como estrategia una reivindicación individualista de la agencia. No es por cierto escaso el asidero que tales planteos pueden hallar en los intereses y las pasiones que nos movilizan a los seres humanos; hace falta pues atender a cómo han ido evolucionando nuestras creencias acerca de lo que nos conviene. Una reflexión de ese tipo resalta grandes dificultades pero también sugiere algunas posibilidades para que se desplieguen formas de la agencia orientadas a la cooperación. Discutir esas posibilidades con algún grado de concreción requiere atender específicamente a las dinámicas de nuestra región.

Este texto se inscribe, de manera autocontenida, en las labores del Núcleo Interdisciplinario “CiTINDe” de la Universidad de la República. Una primera versión fue presentada en el Seminario de Historia Económica y Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República; se agradecen los diversos y estimulantes comentarios de los participantes. Un enfoque general de la temática del desarrollo ha sido presentado en un capítulo (Arocena, 2024) de un reciente libro de dicho Núcleo. Aquí el énfasis se pone en la noción de *solidaridad eficiente*, en el sentido planteado en trabajos previos (Arocena, 2020; Arocena y Sutz, 2024).

Se busca colaborar al trabajo en los terrenos entretejidos de los debates ideológicos, las dinámicas políticas y las mejoras prácticas a corto plazo de las condiciones en las que vive la gente, en el entendido de que lo último es imprescindible para afrontar hoy a las nuevas derechas extremas y ampliar, a largo plazo, las posibilidades para el Desarrollo Humano Sostenible entendido ante todo como expansión de la justicia social y la sostenibilidad ambiental. Hay que abrir *puertas nuevas*, para avances en el futuro y para al menos desempeñar en el presente.

La irrupción de las nuevas derechas hace aún más difícil al desarrollo

Puede entenderse al desarrollo, en una aproximación primaria compartible desde variadas perspectivas ideológicas, como proceso de mejora de la calidad de vida de la gente. Así se plantea la cuestión al inicio de la Licenciatura en Desarrollo de la Universidad de la República (Bertoni, 2023: 14). Un proceso de ese tipo requiere disminuir la pobreza y la desigualdad así como promover la sostenibilidad ambiental y climática. Encuentra pues un obstáculo ideológico y político mayor ante el auge, muy notorio en América y Europa, de nuevas derechas extremas.

El problema inmenso de la sustentabilidad ambiental se hace aún más complicado al afirmarse concepciones que denuncian “la falsa ciencia del cambio climático”, aceptando como mucho que, si ese cambio existe, no se debe al accionar humano. El auge derechista se suma a otros factores para impulsar una reacción contra las políticas ambientales.

También se hace mucho más difícil el enfrentamiento a la desigualdad cuando avanzan posturas que no valoran a la igualdad y llegan a considerar que “la justicia social es una aberración”.

La preocupación por el desarrollo suele vincularse a los compromisos progresistas con la expansión de los derechos, pero las nuevas derechas alimentan – y se alimentan de – la reacción contra la muy notable ampliación reciente en Europa y América de los derechos de las mujeres y de la diversidad sexual. “Entre las políticas más destacadas asociadas a esta agenda en la región, figuran la despenalización del aborto voluntario, la educación sexual integral en el currículo educativo formal, las leyes que habilitaron el matrimonio entre personas del mismo sexo, las políticas de adopción para distintos tipos de familias, las que abordaron la violencia de género, las asociadas al reconocimiento de la identidad de género, y las que buscaron ampliar los sistemas de protección para incluir prestación de cuidados, entre otras medidas.” (Schenck, 2023: 367)

Cabe recordar que la igualdad de género constituye el quinto de los Objetivos del Desarrollo Sostenible (ODS), el cual incluye entre sus metas asegurar el acceso universal a la salud sexual y reproductiva y los derechos reproductivos.

Sin mengua de la diversidad en las políticas propuestas para el desarrollo – particularmente en lo que atañe a los problemas ambientales y de la exclusión social – todas requieren un papel muy activo del Estado y asumen, conviene subrayarlo, que su desempeño puede ser eficiente. Obviamente, no es esa la visión que proclaman las nuevas derechas.

Quizás lo más impactante sea la exaltación doctrinaria y emotiva del individualismo, con la cual las nuevas derechas están logrando convocar para sus políticas a grandes contingentes de jóvenes y de sectores postergados.

Por supuesto, lo antedicho no surgió como un rayo en un cielo sereno. Si las ideas dominantes suelen ser las de las clases dominantes, no es de extrañar que, como lo sostiene Milanovic (2019), el dominio del capitalismo sin rival a la vista en el mundo de hoy vaya acompañado de la primacía de la aspiración personal a ganar dinero.

Ahora bien, con la irrupción de las nuevas derechas, se subió un (gran) escalón en el menosprecio amplio de lo colectivo y lo público. Cabe sostener que aquí radica al presente el núcleo del problema a afrontar, para la promoción del desarrollo y para el accionar progresista en general.

Promoción del subdesarrollo

En América Latina, desde la aparición misma de la cuestión del desarrollo en la escena política y académica, se destacó con mayor o menor énfasis la relevancia de impulsar la generación endógena de tecnología. Los logros fueron más bien escasos, y variable aunque casi nunca grande la atención gubernamental al asunto. Las nuevas derechas lo relegan decididamente, como lo evidencian los gobiernos de Bolsonaro y Milei. Cabe esperar de ellas sólidos intentos por erosionar las capacidades nacionales de ciencia y tecnología, trabajosamente construidas por lo general con viento en contra y habitualmente poco aprovechadas. En particular, las universidades públicas y (más o menos) autónomas, principales generadores de conocimiento avanzado de la región, están en la mira de gobiernos como los mencionados.

Como lo argumenta la CEPAL, desde el agotamiento cuatro décadas atrás del llamado “crecimiento hacia adentro” impulsado principalmente por la industrialización dirigida por el Estado, la inserción económica internacional de la región se ha basado ante todo en las “ventajas comparativas estáticas”, en primer lugar su rica dotación de recursos naturales y la abundancia de mano de obra pobremente remunerada. La combinación de tales activos débiles con los pasivos en materia de conocimiento caracteriza la condición periférica de América Latina y su subordinación a los centros viejos y nuevos de la economía capitalista mundial, que hoy tienen un soporte principal en la ciencia, la tecnología y la innovación.

La siguiente afirmación neta, aunque susceptible de ser relativizada, sintetiza un panorama preocupante: “América Latina vive una inmovilidad estructural histórica. Su estructura productiva no se ha modificado por décadas []: sigue siendo primario-exportadora, secundario-importadora de bienes industriales y terciario-importadora de conocimientos” (Ramírez, 2023: 323).

Las políticas de las nuevas derechas tienden a agravar ese panorama, estrechando posibilidades para el futuro al dismantelar capacidades para la investigación y la innovación, justo cuando esas capacidades han mostrado su valor para proteger las condiciones de vida colectivas en crisis como la desencadenada por la pandemia del covid.

En especial, tales políticas afianzan la dependencia del poder económico externo así como el deterioro ambiental interno, al favorecer la inversión de las grandes empresas transnacionales en la producción primaria mediante el debilitamiento de los controles ecológicos y las garantías laborales.

Las nuevas derechas radicalizan posturas de las derechas tradicionales, explotando y agigantando preocupaciones ampliamente difundidas en la población. En el Norte, revisten de chovinismo el discurso sobre la inmigración que es su estandarte para disminuir derechos. En nuestra región, donde campea la combinación de marginación, narcotráfico y violencia, la apuesta

sin limitaciones a la mano dura para afrontar el delito va agrietando, como lo muestra el caso de Bukele, la institucionalidad republicana y la vigencia de los derechos más básicos.

Si el desarrollo se define ante todo, según la reconocida formulación de Amartya Sen, por la expansión de las libertades y las capacidades de la gente para desempeñarse como agentes en la construcción de vidas valiosas, las políticas comentadas apuntan al subdesarrollo.

La concepción del desarrollo que se basa en la agencia y apunta a la justicia social lleva a prestar atención prioritaria al activismo de los sectores postergados. No hay pues aspecto más inquietante del fenómeno en consideración que el activo respaldo de tantas personas desfavorecidas, en especial jóvenes, a liderazgos políticos que promueven de hecho el subdesarrollo.

Afirmar el cimiento normativo

Las nuevas derechas extremas avanzan, movilizando a mucha gente a partir de planteos que incluyen muy netas formulaciones ideológicas. En el debate sobre los valores y concepciones del mundo, juegan papeles protagónicos. Socavan así el apoyo real o potencial a las propuestas para el desarrollo inspiradas por la justicia social y la sostenibilidad ambiental. Conviene pues prestar redoblada atención al enfoque normativo del desarrollo. Se esboza a continuación, de manera muy primaria y tentativa, una argumentación con tal propósito.

Las nuevas derechas suelen formular sus consignas a partir de la reivindicación de "vida, libertad y propiedad", los derechos fundamentales de la tradición liberal. Vale la pena comparar esa fórmula con la afirmación de tales derechos durante "la era de las revoluciones" (Hobsbawm, 1997) que se inicia a fines del siglo XVIII.

La declaración de la independencia de Estados Unidos, fechada en 1776, afirma como verdades evidentes por sí mismas que los seres humanos son creados iguales y con ciertos derechos inalienables, que incluyen la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. A riesgo de ser repetitivos, conviene subrayar que afirma los derechos fundamentales a la vida y a la libertad, como lo hacen las nuevas derechas pero, a diferencia de su planteo puramente individualista, incluye a la igualdad y, además, sustituye en la lista prioritaria el derecho a la propiedad por el de buscar la felicidad.

La Revolución Francesa, iniciada en 1789, hará famosa una consigna grande y triple: libertad, igualdad y fraternidad. Reafirma así dos derechos inalienables e incluye un tercer postulado, que es en realidad un deber.

El derecho a procurar la felicidad en este mundo, reivindicado por la declaración de 1776, es una idea poderosa y movilizadora. En Europa será retomada por el socialismo naciente, en una formulación que explícitamente no se reduce a lo personal y subraya la colaboración. El socialismo, según uno de sus historiadores clásicos, originalmente significaba ordenación colectiva de los asuntos humanos sobre una base de cooperación, con la felicidad y el bienestar de todos como fin. (Cole, 1957: tomo I, p. 12)

La triple consigna de 1789 fue reformulada, con notable claridad, en el artículo primero de la Declaración Internacional de Derechos Humanos de 1948: “Los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.”

Cabe adoptar tal enunciado como cimiento básico del enfoque normativo. Recogió en su momento una significativa convergencia de opiniones a escala mundial, resultado de un acontecer histórico conflictivo y plagado de tragedias, que se esperaba al menos paliar. Consta de tres afirmaciones planteadas como postulados: primero, la libertad y la igualdad son derechos fundamentales; segundo, la razón y la conciencia son parte de la condición humana; tercero, los seres humanos tienen el deber de comportarse fraternalmente los unos con los otros, precisamente porque están dotados de razón y conciencia.

Así pues, ese cimiento normativo afirma *derechos* y también *deberes*, como la fraternidad. A ésta las concepciones democráticas asignan en general un papel menor (Rawls, 1999: 90). El movimiento obrero la reivindica como el deber de la solidaridad militante con los explotados y oprimidos. La solidaridad es un deber sin cuya práctica no cabe esperar una vigencia significativa de la libertad y la igualdad como derechos. Apunta hacia la igual libertad para todos.

Una orientación para la práctica

La combinación de los tres postulados contenidos en el cimiento normativo, tal como fue evocado en la sección precedente, constituye una guía para la acción; se trata un enunciado de principios que abre caminos para ir más allá del mero enunciado, como ya se sugirió. Vale la pena ahondar en la argumentación esbozada.

El primer postulado, que afirma a la libertad y la igualdad como derechos, es puramente normativo; podría no tener contrapartida significativa en la realidad. El segundo postulado, según el cual los seres humanos están dotados de razón y conciencia, tiene carácter más bien fáctico o empírico, pues en principio puede ser sometido a comprobación experimental; en todo caso, no se trata de un postulado de índole solo ética. El tercer postulado establece el deber de la fraternidad; lo hace, explícitamente, asumiendo la validez de la afirmación precedente; implícitamente al menos, sugiere que la razón y la conciencia de los seres humanos los impulsa a la fraternidad, por lo cual esta puede tener cierta vigencia práctica, lo cual contribuirá a que también la tengan la libertad y la igualdad.

Cabe elaborar lo dicho en el párrafo anterior aludiendo a lo que surge de la experiencia. La misma justifica decir que los seres humanos estamos dotados de una cierta cuota más bien limitada de razón y de una conciencia bastante difundida pero también limitada, que varía en contenido y relevancia según las épocas, las dinámicas sociales, los grupos, los individuos y aún las circunstancias de la vida personal. La razón – al menos la razón instrumental - fue ampliando su alcance, según parece, a lo largo de los jalones evolutivos que desembocaron en el surgimiento de la especie humana. Se ha dicho que las dinámicas de la selección natural han privilegiado a los grupos con sentimientos o actitudes de solidaridad hacia los demás integrantes del propio grupo.

En ese entendido, cabe sostener que nuestra especie ha llegado a estar dotada, en medidas variables y limitadas pero significativas, de razón y conciencia, algunas de cuyas modalidades impulsan la fraternidad como sentimiento y como comportamiento. Lo primero es aún a sentir que los demás no son inferiores en derechos a uno mismo, por lo cual no han de ser privados de las posibilidades que se reivindican para sí de modo de vivir con dignidad. El comportamiento fraterno tiende a dotar de cierta realidad a tales posibilidades.

Aludir a la experiencia impone recordar que no hay mayor motivo para suponer que todas las modalidades de la razón y todas las manifestaciones de lo que puede ser denominado conciencia moral apuntan a fomentar la fraternidad. Las formas de la razón y la conciencia que sí apuntan en esa dirección lo hacen porque llevan a pensar y a sentir que todos los seres humanos merecen vivir sin ser dominados y sin padecer discriminaciones.

Por ese camino puede llegarse a una visión “activista” de la ética, según la cual no alcanza con reclamar derechos, sino que además es un deber buscar caminos de transformación que vayan dando realidad a los derechos invocados. Ese deber surge de la conciencia de la que se supone dotados a los seres humanos. Seguramente, ello es imprescindible para alimentar búsquedas transformadoras; pero no es suficiente: para orientarlas, hay que recurrir a la razón, de la cual también se asume dotados a los seres humanos. Así, promover la razón en este mundo es obligación moral y una esperanza para la Humanidad (Sen, 2009).

La siguiente cita elabora y recapitula buena parte de lo antedicho: “[...] nos encontramos en una etapa histórica en la que el desarrollo de la conciencia moral ha desembocado en una moral universal para las cuestiones de justicia, un universalismo moral mínimo que puede defenderse con argumentos intersubjetivamente aceptables. Este universalismo moral abarca valores como la vida, la libertad (positiva y negativa), la igualdad, la solidaridad, la paz y la tolerancia activa. Estos valores se fundamentan en última instancia en el valor absoluto de las personas [...], y de este reconocimiento de la dignidad de las personas se derivan los derechos humanos que actualmente consideramos indispensables para alcanzar y mantener una vida personal y social propia de seres racionales.” (Cortina y Martínez, 2001: 149)

Respecto a los valores invocados en la cita precedente, cabe recordar, muy sintéticamente, que la libertad negativa es el derecho a no padecer dominación y la libertad positiva el derecho a construir formas de vida valiosas. En cuanto a la paz, es condición evidentemente necesaria para proteger y cultivar derechos y deberes, empezando por el derecho a la vida. La tolerancia activa se deriva directamente de la igual libertad reconocida como derecho de todos los seres humanos. Más explícitamente, en el marco de la “moral universal” de carácter mínimo planteada, tiene que haber espacio para opciones éticas diferentes, en la medida en que respeten los valores que no pueden sino ser universales. Corresponde ver a las opciones distintas como diferentes formas de la “vida buena” o del “buen vivir” que los seres humanos van definiendo cuando buscan la felicidad desempeñándose no como pacientes sino como agentes que procuran “vivir vidas que tengan motivos para considerar valiosas”, según la formulación de Amartya Sen (2000); todas ellas deben ser respetadas, hay derecho a promover las que se estimen particularmente valiosas, ninguna puede ser impuesta.

En tal perspectiva, cabe decir que entre esas vidas valiosas están las que incluyan modalidades de la agencia individual y colectiva, inspirada por la conciencia y orientada por la razón, que procura transformar la sociedad para, afirmando la justicia, contribuir a la felicidad y el bienestar de todos, en particular por las vías de la solidaridad militante y la cooperación. En ese marco resulta especialmente sugestiva la tesis de Sen según la cual la expansión de las capacidades de la gente es no sólo un propósito ético que define al desarrollo sino también una clave mayor para impulsarlo en la práctica. Expandir las capacidades amplía las posibilidades de afirmar derechos, sobre todo si se entiende que la sociedad debe pedir una contribución – como lo sugiere una tesis famosa del socialismo clásico - de cada uno según sus capacidades. En suma, se trata de las formas de agencia que apuntan a la *solidaridad eficiente*.

De la ideología al sentido común de la política

Las ideas no determinan el derrotero de la política ni del accionar colectivo en general. Pero absurdo sería minimizar su influjo, sobre todos en instancias de crisis más o menos generalizada y profunda, como la que hoy se vive.

La experiencia ofrece no poco asidero a la reiterada afirmación – tan infeliz en su formulación - de que el bolsillo es el órgano más sensible de las personas. No obstante, quienes apostaron a ella el grueso de su política de coyuntura, tras un período prolongado de anémico crecimiento económico y una deficiente gestión gubernamental, se vieron sorprendidos por un huracán reaccionario cuyas ideas movilizadoras se consideraban extinguidas y cuyo impacto en la conducción del Estado erosiona profundamente las posibilidades del desarrollo, afecta derechos y hace aún más difícil la convivencia democrática.

En América Latina, desde la década de los '90, el cuestionamiento ideológico al orden establecido fue hegemonizado por el antineoliberalismo que orientó al ciclo progresista. Su agotamiento abrió espacios a las nuevas derechas; ante su dinámica en el campo de las ideas y en el de las movilizaciones de masas, Stefanoni (2021) abordó la interrogante de si la rebeldía se volvió de derechas; argumentó asimismo que los virajes ideológicos en curso pueden llevar a que el antiprogresismo y la anticorrección política configuren un nuevo sentido común.

Frente a los vendavales de derechas, la frecuente subestimación en colectivos políticos y sindicales de la discusión de ideas – alegando por ejemplo que ella divide, mientras que la práctica de por sí uniría – amenazan con dejar libre el camino a ese nuevo sentido común reaccionario. Amenaza comparable surge de otra opción, la que se apoya en la sumaria repetición fosilizada de dogmas que no han resistido al avance de las ciencias sociales ni, menos aún, a la prueba de la experiencia histórica. Hay que (volver a) discutir ideas: al principio van los principios, y lo que ellos sugieren para la acción.

Esa prioridad suele ser desatendida sin costo inmediato cuando la bonanza económica permite distribuir recursos y ampliar derechos. Pero el cambio de coyuntura puede cobrar muy caro esa desatención. Uno de los principales protagonistas del ciclo progresista latinoamericano interpreta el viraje posterior en los siguientes términos: “No es que el pueblo se haya vuelto

neoliberal ni que anhele perder los derechos conquistados a lo largo de siglos, pero si la democracia y el progresismo no significan avances en términos de igualdad material y social, la búsqueda de otras opciones individualistas y autoritarias está servida.” (García Linera, 2024: 77)

América Latina ha conocido varios ciclos del llamado “péndulo de Polanyi” (Stewart et al, 2018), que va del predominio del Estado al del mercado y vuelta. Tales ciclos son en alguna medida paralelos a los “compromisos cambiantes” (Hirschman, 1982) de buena parte de la gente respecto a la prioridad asignada a lo público o a lo privado.

A escala del mundo en su conjunto, la primacía apenas cuestionada del capitalismo parece haber detenido al péndulo cerca del extremo donde prevalecen el mercado y la atención a lo individual. En Uruguay, curiosamente, fue en pleno ciclo de expansión económica y mejora de las condiciones sociales que se empezó a destacar un desplazamiento de las opiniones mayoritarias sobre las causas de la pobreza, desde las explicaciones estructurales que impulsan el accionar público a las explicaciones centradas en las actitudes de los propios pobres que convierten la cuestión más bien en asunto privado. (Zuasnabar, 2018: 41)

En cualquier caso, las experiencias asociadas a la oscilación del péndulo de Polanyi parecieron generar un cierto consenso, sin desmedro de discrepancias profundas, en no ir demasiado lejos en uno u otro sentido. El neoliberalismo neto de los '90 desembocó, en el caso emblemático del gobierno de Menem en Argentina, en una crisis económica y política generalizada que dio lugar a la década larga del kirchnerismo; cuando la derecha encabezada por Macri ganó las elecciones en 2015, el péndulo tornó al mercado pero el gobierno no lo empujó al extremo. Hacia el 2000 la crisis del neoliberalismo en la región llevaba el péndulo de vuelta hacia el Estado, lo que en el caso gravitante de Venezuela fue impulsado sin contemplaciones ni buenos resultados, pero no fue esa la opción de los casos comparativamente más exitosos del progresismo, como el de Uruguay donde un reformismo cauto, sin abordar una transformación estructural de la producción, promovió significativas mejoras de las condiciones materiales de vida de la gente y aún más significativas mejoras en el campo de los derechos. Cabría decir que se fue configurando un sentido común ajeno a empujar mucho el péndulo en una u otra dirección, una suerte de consenso acerca de los límites del disenso considerado razonable. En ese contexto, más allá de progresos importantes y no pocos retrocesos, no se establecieron bases sólidas para un avance sostenido en lo económico, social, cultural y ambiental. Por ejemplo, en el caso de Uruguay afirman Bianchi e Isabella (2024: 327): “el fin del auge de las materias primas parece haber revelado los límites de los esfuerzos de la política productiva y tecnológica. Muestra de eso es la estructura tecnológica relativamente inalterada del país”. Mientras, a escala continental, las nuevas derechas emergieron con el claro propósito de dinamitar ese sentido común relativamente compartido por buena parte de las élites. Abusando de la metáfora del objeto que oscila sujeto por un hilo inextensible a un punto fijo, cabe decir que gobiernos como los de Bolsonaro y Milei se propusieron, con amplio y enérgico apoyo ciudadano, empujar el péndulo tan drásticamente hacia un extremo como para romper el mecanismo.

El sentido común individualista y neo tradicionalista de las nuevas derechas extremas entiende que lo más justo y eficiente para mejorar la condición de cada uno radica en el esfuerzo personal, sin interferencias del Estado, que no debe impulsar cambios en la familia patriarcal y

debe concentrar su accionar en la custodia del orden público. El rechazo de mucha gente de abajo al accionar estatal la llevó a perjudicarse directamente, por ejemplo, respaldando las ventajas que otorgó el gobierno de Trump al gran capital, incluyendo el desmantelamiento de garantías sociales y ambientales.

La persistencia del péndulo de Polanyi no favorece al desarrollo. Su desborde por derecha mucho menos. El vigor del nuevo sentido común emergente dependerá seguramente en medida considerable de cómo incida en las condiciones concretas de vida. Para calibrar posibilidades y pensar alternativas, además de priorizar la dimensión ideológica, parece necesario atender a sus conexiones con la esfera de los intereses.

Sobre los intereses y las pasiones

Seguramente los factores de tipo material inciden grandemente en la conducta de las personas y de los grupos humanos. Así lo registran las grandes corrientes de las ciencias sociales. Sostiene Erik Olin Wright (2015: 36-37) que tanto Weber como Marx atribuían predominancia en los hechos a los intereses materiales objetivamente definidos, por lo cual, si bien las motivaciones ideológicas pueden ser importantes, no cabe esperar que ellas de por sí impulsen de manera estable el accionar de la mayor parte de la gente. Sin desmedro de esa similitud, cabe recordar que Weber se refería ante todo a los intereses individuales mientras que la teoría de Marx se construye sobre la primacía de los intereses materiales de clase, que son de tipo colectivo.

Diversos autores de referencia subrayan que, por lo general, los factores personales son los más influyentes. Dice Bobbio (2009: 60) que en “las relaciones sociales prevalecen las pasiones y los intereses particulares por encima de las razones generales.” Más específicamente, según Elster (2015: 93; itálicas en el original) todas las personas parte del tiempo y algunas todo el tiempo son *egoístas* motivadas sólo por sus intereses privados materiales, mientras que muchas son *egocéntricas* motivadas por ese tipo de intereses pero también por la vanidad y el deseo de auto-aprobación. Es frecuente referirse al primer tipo de motivos simplemente como los intereses y a los otros como las pasiones; de ahí el título de esta sección, que invierte el de un estupendo libro de Hirschman (1978).

Cabe todavía señalar que, no obstante la variedad de factores que se tienen en cuenta al analizar las raíces del comportamiento de los seres humanos, la primacía suele asignarse a los intereses individuales de índole material. Así, Adam Smith, en su *Teoría de los sentimientos morales*, se ocupa “de un conjunto amplio de sentimientos y pasiones humanos, pero también se convence de que, en lo referente a 'la gran masa de la humanidad', los principales impulsos humanos terminan por motivar al hombre para mejorar su bienestar material.” (Hirschman, 1978: 115)

Los intereses se entretajan con las pasiones de maneras cambiantes que desbordan a lo individual. Por ejemplo, las necesidades materiales llevan a organizar actividades de producción y distribución de bienes y servicios, en las que se van configurando similitudes y contraposiciones de intereses y también de pasiones en torno al poder económico. Las necesidades de la defensa

ante la agresión y las eventuales conveniencias de agredir a otros configuran la relevancia de las aspiraciones individuales y colectivas vinculadas con el poder militar. Algo parecido podría decirse respecto a la tendencia a regular, de manera centralizada y coactiva, aspectos medulares de la convivencia en un territorio delimitado, que da lugar al poder político.

Las relaciones económicas, militares y políticas constituyen tres de las cuatro “fuentes del poder social” (Mann, 1986; resumen en Mann, 1993: 7-9) pues, junto a las relaciones ideológicas, son las que generan las redes u organizaciones con mayor gravitación a lo largo de la historia. La inserción diferencial de la gente en redes como las indicadas condiciona altamente sus posibilidades de satisfacer sus aspiraciones y, por consiguiente, influye de manera considerable en sus comportamientos.

Dada la preocupación encarada en este texto por el poder de las ideas, se presta especial atención a lo que Mann dice sobre los orígenes del poder ideológico. En su teoría, las necesidades que tienen los seres humanos de buscar las finalidades de la vida, compartir normas y participar en actividades estéticas generan redes y organizaciones de poder ideológico. En otras palabras, las búsquedas de lo verdadero, lo bueno y lo bello, que entretengan lo individual y lo colectivo, inciden de manera variable pero significativa en el comportamiento de los seres humanos. En una obra reciente Mann (2023: 4) subraya el vínculo entre ideologías y emociones, y afirma que las “ideologías poderosas generan emociones fuertes.” Al presente las formulaciones ideológicas de las nuevas derechas alimentan emociones como el odio.

Mann sostiene que los seres humanos tienen necesidad de participar en actividades estéticas y rituales. Respecto a lo segundo, se entiende que *ritual* es un mecanismo de focalización mutua de la emoción y la atención, que produce un momento de realidad compartida, generando así solidaridad y *símbolos* de pertenencia al grupo; la participación en un ritual le da al individuo una clase especial de energía, la *energía emocional*; una interacción ritual requiere: (i) coordinación rítmica, (ii) arrastre emocional (efervescencia colectiva), (iii) un foco de atención mutua. (Collins, 2004) Las interacciones rituales generan o refuerzan en cada individuo un sentimiento de pertenencia a una cierta comunidad con la que comparte, en alguna medida, una visión del mundo.

Conviene ensayar una recapitulación tentativa: (1) en las motivaciones de la conducta humana cabe ubicar en primer lugar a los intereses materiales de cada individuo; (2) bastante cerca hay que ubicar a sus pasiones, pulsiones y deseos en general; (3) intereses y pasiones vinculan lo individual con lo colectivo; (4) la similitud objetiva de situaciones materiales genera los intereses materiales grupales, en particular de clase, que pueden tener enorme gravitación al impulsar acción colectiva en tanto son pocos los individuos que aislados logran satisfacer sus aspiraciones; (5) las pasiones incluyen las aspiraciones a vivir vidas que tengan sentido, a disponer de explicaciones compartidas acerca de lo que pasa en el mundo y su significación, al reconocimiento por otros, a sentir la pertenencia a ciertas comunidades que son fuente de identidad y de orientación en la vida, a participar en actividades estéticas y de carácter ritual que son fuente de energía emocional.

Si la formulación precedente tiene algún asidero en la realidad, resulta evidente que la cooperación, la competencia y, sobre todo, la conflictividad son inherentes al acontecer social.

Las ideas en las dinámicas sociales

Si las ideas y los valores no determinan el curso de la historia, ¿qué papel podrán cumplir formulaciones ideológicas como las que levantan las nuevas derechas extremas?

Una respuesta a interrogantes de esa índole surge de una afirmación a menudo citada de Weber. Para formularla recurrió a una analogía propia de su época, en la cual los ferrocarriles habían transformado el panorama europeo. Para ir de un lugar a otro las opciones se abrían en las grandes encrucijadas, en las cuales los ferroviarios “tendedores de vías” podían modificar conexiones y así definir en cuál dirección seguiría marchando el ferrocarril. En sintonía con afirmaciones previamente consignadas, Weber escribió que no son las ideas generales las que gobiernan el comportamiento de los seres humanos sino sus “intereses materiales e ideales”, pero, en ciertas circunstancias históricas, las ideas juegan el papel de tendedores de vías respecto al curso por el que se desplegará el proceso social impulsado por la dinámica de los intereses. (Gerth & Mills, 1958)

La formulación refiere a los intereses individuales materiales e inmateriales, que es algo similar a lo que arriba se llamó intereses y pasiones. Sugiere una clave para pensar el papel de las ideas en instancias históricas que pueden considerarse como encrucijadas, por ejemplo, cuando una configuración dominante de poder entra en crisis y se multiplican conflictos de distinta índole.

Siguiendo a Halperin (1996), cabe sugerir que América Latina vivió en la II Postguerra una divisoria de caminos. Al restablecerse los flujos económicos internacionales, se planteaban esquemáticamente dos alternativas: el retorno a un tipo de “crecimiento hacia afuera”, exportando materias primas e importando productos industriales, o la continuación del “crecimiento hacia adentro”, que por cierto incluía ese tipo de intercambio pero también el impulso a la industrialización por sustitución de importaciones, dirigida por el Estado, que había cobrado vigor como alternativa a la caída de las exportaciones tradicionales a causa de la Gran Depresión y, después, a la disminución del comercio y las inversiones debida a la II Guerra Mundial. En una puja grande de intereses, fue la segunda opción la que primó, afirmando el “consenso industrializador” (Ocampo, 2014: 296) en un marco ideológico dibujado en buena medida por la concepción cepalina del desarrollo. Y por este camino se fueron desplegando los conflictos de poder.

Treinta años después la opción lucía agotada; las dinámicas técnico-productivas habían incrementado el papel económico del conocimiento científico y tecnológico, disminuido el poder relativo de las periferias primario-exportadoras y limitado sus posibilidades de industrialización endógena. A comienzos de los años 80 fue Prebisch (1983) quien reclamó un nuevo modelo de desarrollo. Al respecto, en el campo de las ideas ya se había producido una “contrarrevolución” (Toye, 1987), que acompañó el retorno a una inserción externa más parecida a la del orden centro periferia que emergió a fines del siglo XIX. El péndulo viró rápidamente hacia el mercado, en un marco ideológico sintetizado por el consenso de Washington.

Las interacciones entre cambios tecnológicos y reestructura del capitalismo impulsaron la reafirmación del poder mundial del Oeste, notorio hacia el año 2000, cuando las formulaciones neoliberales configuraban ideológicamente las luchas por el poder en gran parte del planeta, sin

desmedro de la diversidad de conflictos y resultados. Quizás en ninguna parte el péndulo fue de una punta a la otra con mayor rapidez y fervor ideológico que en la antigua URSS, signando en varios de los estados sucesores el tránsito de la antigua nomenklatura a las cumbres de un capitalismo mafioso, erosionando el poder geopolítico y militar de Rusia, y provocando allí durante los '90 un desastre social que dio lugar a un duradero resentimiento. La reacción, que Putin representa, no abandonó el capitalismo, sino que lo enmarcó en una versión del nacionalismo autoritario y militarista, enfrentado al Oeste, que puede invocar profundas tradiciones autóctonas. Esa reconfiguración del poder en lo que fue la tierra de los zares y los soviets ha emergido en el curso de un proceso histórico muy diferente del que ha alumbrado a las nuevas derechas de Europa y América. Pero sus afinidades ideológicas no son menores; tampoco las políticas.

Esos fenómenos y otros son manifestaciones de la muy amplia y diversa reacción ante la configuración del poder global hegemónizada por el Oeste, y sobre todo por Estados Unidos, que se registra tanto en el propio Oeste como en gran parte del resto del mundo. La globalización benefició sobre todo a las grandes corporaciones y a "la clase de los profesionales altamente cualificados." (Sandel, 2023: 300) Junto con el auge de la meritocracia, contribuyó a atizar las reacciones a la Trump. Esa configuración de poder, tras su apogeo geopolítico y económico al finalizar el siglo pasado, empezó a debilitarse durante la primera década del actual; así lo mostraron las fallidas aventuras militares "neocon" de Estados Unidos y la recesión que explotó en 2008.

La ideología liberal cosmopolita que marcó el rumbo de la "segunda globalización" - tan capitalista como la primera y aún más basada en el conocimiento - ya no baliza las vías centrales por las que transcurren los conflictos de intereses. Pero ninguno de los actores de cierta significación cuestiona al capitalismo; los más gravitantes - en especial los Estados en pugna por la hegemonía y las empresas que dominan la comunicación entre la gente - basan su poder en el conocimiento de punta.

En América y Europa se asiste a un desplazamiento significativo en las ideas con mayor influencia en la conflictividad social. Impacta el auge de las doctrinas de las nuevas derechas. Sin mengua de su diversidad, ellas cuestionan a las élites dirigentes de las derechas tradicionales; reivindican agresivamente a la nación, el orden, la tradición y la familia patriarcal; radicalizan la opción por el mercado contra el Estado y por el individuo contra la colectividad; denuncian a un culpable mayor - que puede ser la inmigración o la inseguridad o la izquierda cultural - en contra del cual llaman a la acción. Sus convocatorias han logrado éxitos significativos.

El individualismo como doctrina y como estrategia

La nueva derecha argentina que encabeza Javier Milei combina en alto grado dos rasgos antes señalados: neta formulación ideológica y capacidad de movilización política. Los trabajos reunidos en Semán (2023) ofrecen elementos para captar ambos aspectos, de los que a continuación se destacan algunos.

Un hilo conductor surge de la siguiente afirmación: "La construcción de una alternativa de derecha con vocación popular se encuentra históricamente con las transformaciones de la vida de

amplias capas de los sectores populares.” (Semán, 2023: 39) Esa alternativa política sintoniza profundamente con el conjunto de ideas y valores que el autor denomina “mejorista”.

Personas cuyas opciones electorales no se restringen a la derecha “se reconocen emprendedores, ponen en el centro el rendimiento económico del sujeto y encarnan una versión extendida del *homo economicus* con elementos de realce emocional y autoexploración psicológica que le dan un tinte ético positivo a las estrategias para ponerse en valor en el mercado. Esto no está exento de articulaciones que trascienden a la economía y refieren a la preocupación por la familia, los hijos e incluso el país.” (Semán, 2023: 39)

“[...] llamamos 'mejoristas' a una serie muy heterogénea de sujetos que se autoperciben en esos términos y se encuentran en posiciones ocupacionales y trayectorias muy diversas, que no se circunscriben al empleo informal. Este lenguaje, que configura una sensibilidad, contiene también determinaciones que responden a los debates políticos contemporáneos: implica una crítica de las regulaciones económicas, de la actividad del Estado como agente impositivo y como proveedor de servicios, de los partidos y de los políticos como agentes interesados en mantener, en provecho propio, una situación que se denuncia como oprobiosa para las mayorías. Los mejoristas, incluso en su variante más escéptica, sostienen que el progreso personal y familiar, la subsistencia cotidiana contra la adversidad, no se deben ni pueden deberse primariamente a la acción del Estado, ni a ninguna organización colectiva o derecho que vaya más allá de la familia o los socios en el ejercicio de la libertad de trabajar y usufructuar los resultados del propio esfuerzo. La voluntad, la capacidad de aguante, la preparación, la organización personal, lo que se debe a los padres o los hijos o lo que se recibe de ellos deben ser el fundamento de la asignación de todos los recursos.” (Semán, 2023: 40)

Esa sugerente caracterización es complementada en otro trabajo del volumen citado. “Trabajar, estudiar, esforzarse y, sobre todo, 'que nadie nos regale nada', son valores destacados que configuran una narrativa común en torno al esfuerzo y el mérito” (Vázquez, 2023: 115). Se va afirmando “una (contra)cultura política de derecha que es generacional, masiva y popular.” (Ídem: 121)

Lo que antecede dibuja un caso extremo – o tipo ideal – de la doctrina de las nuevas derechas. Tiene que ver con los intereses materiales así como con la ideología y las emociones. Cabe hablar, siguiendo a los autores citados, de individualismo mejorista. Se trata de una cultura individualista de la agencia. Recuerda lo bastante obvio: promover la agencia puede llevar por caminos diferentes y aún claramente divergentes.

Lo que se plantea es normativo, interpretativo y propositivo. La prioridad a lo individual es lo éticamente valioso, lo que realmente lleva al progreso de cada uno, y lo que debe ser tenido en cuenta por la política.

Tal ideología impulsa la estrategia política de tirar por la borda al Estado de bienestar, visto como una institucionalidad contraproducente para el progreso de la mayoría, que en realidad sólo favorece a una minoría de la población, constituida por políticos y funcionarios públicos. Esta visión se ubica en el núcleo del sentido común antiprogresista que, al decir de Stefanoni, caracteriza a las nuevas derechas. Una perspectiva general de su avance, con especial atención a

Europa, subraya que, como efecto directo, “el Estado de bienestar, el mayor logro del movimiento obrero organizado en el siglo XX, está siendo debilitado.” (Strobl, 2022: 79) En América Latina, una estrategia cardinal en torno a la cual convergen los progresismos – que constituye, podría decirse, su sentido común definitorio - es la construcción o reconstrucción y ampliación en cada país del Estado de bienestar. Una antigua contraposición en el campo de las ideas cobra vigor grande y nuevo. Probablemente incidirá cada vez más en el terreno práctico de la lucha política y de las decisiones sobre las políticas públicas. En cualquier caso, ilumina perspectivas divergentes de la noción de agencia.

Las conveniencias en perspectiva

El individualismo mejorista es una ideología que podría tener amplio respaldo en los hechos si priman los intereses y las pasiones personales como móviles del accionar humano. En tal caso, una ideología que apunte a la solidaridad eficiente tendría escasas posibilidades de promover y orientar formas gravitantes de la agencia. Convendría ubicar la cuestión en la perspectiva de la larga duración.

Apuntando hacia factores ya señalados antes y ampliando la mirada, Adam Smith (1759/2009: 13, 20, 250, 94) afirma que a los seres humanos los impulsan los instintos, el hambre, la sed, las pasiones que unen a los sexos, el amor al placer y el temor al dolor. Los impulsos en cuestión generan las aspiraciones a la propia preservación y a la propagación de la especie; tales aspiraciones la Humanidad las comparte con todos los animales. Semejante observación abre el camino a una explicación evolutiva de los propósitos que mueven a los seres humanos. En la conexión de los propósitos individuales con las conductas ajena, Adam Smith entiende, en sintonía con lo ya destacado, que la aspiración al reconocimiento ocupa una posición prominente. Es clave en su concepción la noción de simpatía; ella viene a hacer necesaria para la felicidad de cada uno la felicidad de los demás, en especial porque las pasiones agradables se disfrutan sin más mientras que sobrellevar las emociones dolorosas requiere la simpatía de otros.

Tanto la explicación evolutiva de la conducta humana como el papel de la simpatía merecen especial atención. Singer (1994: 6, 19, 45) describe cómo Darwin interpretaba los comportamientos de los seres humanos a partir de la selección adaptativa, en el curso de la evolución de la especie, ante las necesidades básicas de supervivencia. Se apunta así a una explicación de la primacía de los intereses materiales propia de la teoría de Marx, ampliada por la inclusión de pasiones e impulsos; en la medida en que el comportamiento humano está conformado por los instintos heredados de los antepasados no humanos, cabe anticipar que las personas competirán entre sí por comida, sexo y status.

En esta perspectiva la simpatía, cuyo papel Adam Smith subrayaba según ya se evocó, tiene para Darwin causas evolutivas, constituyendo incluso el cimiento del instinto social, en tanto tendencia del ser humano a defender su grupo concertándose con los demás integrantes y como disposición a ayudarlos, en toda la medida que no afecte grandemente su bienestar o sus deseos fuertes (Singer, 1994: 47). Cabe así anticipar una cierta incidencia de las pasiones ligadas a la solidaridad o, al menos, a la reciprocidad.

Los sentimientos de indignación ante las injusticias, de simpatía y solidaridad con los que padecen, de reciprocidad como orientación en las relaciones sociales, tienen una intensidad variable pero objetivamente comprobable a lo largo de la historia; esta no puede ser entendida sin tener en cuenta sentimientos como los anotados.

En especial, la reciprocidad alimenta la cooperación, a la cual se le atribuye un fundamento evolutivo: en la competencia entre grupos humanos tienden a ser seleccionados los que institucionalmente fomentan comportamientos que pueden ser individualmente costosos pero grupalmente beneficiosos (Gintis et al 2005: 23).

Se sostiene asimismo que la reciprocidad es un fundamento potencial poderoso de la cooperación. Consiguientemente, esta última se resiente cuando aquélla es débil o resulta percibida como tal. Así podría explicarse un fenómeno tan relevante como la pérdida de apoyo al Estado de Bienestar, registradas en distintos lugares y tiempos. Dada la irreductible heterogeneidad de las motivaciones humanas – que incluyen el egoísmo, la reciprocidad y aún el puro altruismo – el problema sería evitar que los egoístas exploten a los demás y erosionen la cooperación beneficiosa. (Ver Fong et al, 2005)

La cooperación es altamente valorada, en términos normativos, desde muy variadas tradiciones. En términos fácticos, cabe decir que no existe de por sí; la condiciona y limita una permanente tendencia al egoísmo individual y grupal. Así lo afirma Barrington Moore en su profundo estudio sobre la injusticia y las bases sociales de la obediencia y la revuelta. La cooperación, salvo eventualmente en grupos muy pequeños, no se desenvuelve espontáneamente, sino que debe ser permanentemente creada y recreada (Moore, 1978: 507). Esa labor puede apoyarse en la reciprocidad u obligación mutua que, según el mismo autor, es una motivación poderosa y ubicua en la historia. La reciprocidad fuerte puede sostener al igualitarismo pero también explicar ciertas oposiciones a las políticas de bienestar: las que recompensan independientemente de los aportes a la sociedad son consideradas injustas.

Rawls (1999: xv) plantea la reciprocidad como principio para avanzar hacia una sociedad estructurada como un sistema equitativo de cooperación, a lo largo de las generaciones, entre ciudadanos libres e iguales. No parece muy justo que los derechos se expandan sin entretenerse con deberes. Tampoco parece muy viable, sobre todo en el clima ideológico predominante.

Posibilidades de la agencia orientada a la cooperación

Desde hace ya varias décadas, se vendría afirmando la primacía de los intereses materiales de cada uno, la cual ofrece pocas posibilidades para acordar e implementar acciones en pro del bien colectivo. “In a human world increasingly dominated by the search for personal profit and monetary advantage the chances of human purposes and judgments converging on clear and convincingly public goods and shared preferences are very slight.” (Dunn 2000: 361)

Milanovic (2019) afirmaba años después que se mantenía esa primacía, argumentando – como ya se recordó antes - que el dominio prácticamente completo del “capitalismo, nada más” ha irrumpido de la mano de un dominio similar de la ideología que impulsa a la búsqueda del

provecho individual ganando dinero. Stiglitz (2024) subraya que las preferencias de los seres humanos no son “exógenas” al sistema social en el que viven, sino en buena medida “endógenas”, vale decir, modeladas por las dinámicas predominantes del sistema. Esa búsqueda del beneficio personal se apoya en buena medida en la razón instrumental, o en términos de Weber “la razón con arreglo a fines”, que en este caso son los de la ganancia y las posibilidades de consumo. Lo que parece bastante ausente es la razón sustantiva, o “razón con arreglo a valores”.

Se sostiene incluso (Han, 2015) que se transita – en los países y ámbitos de mayor nivel económico - de una sociedad disciplinaria a una “sociedad del logro”, donde las personas son empresarias de sí mismas, en especial porque a cierta altura, desde el punto de vista productivo, la auto-explotación es más eficiente que la “hetero-explotación”. Semejante caracterización encuentra cierto asidero más allá de las regiones más ricas; por ejemplo, parece calzar como anillo al dedo con el individualismo mejorista que ha irrumpido en el panorama cultural y político argentino.

Ahora bien, la orientación hacia la solidaridad eficiente no lleva en modo alguno a minimizar el individualismo. Algo así sería equivocado, en términos de lo que se puede saber sobre la naturaleza humana y su evolución pero también, y ante todo, en términos éticos. Se cometería un error análogo al que supone minimizar la relevancia de la libertad porque las nuevas derechas la reivindican en desmedro de otros valores. La alternativa debe partir de la triple consigna de 1789, como cimiento normativo y como pista para la construcción de propuestas.

Hay notoriamente fuertes impulsos a formas del individualismo que desprecian la igualdad y la solidaridad. Pero también hay otras. Se destaca, por ejemplo, un cambio fundamental en curso que apunta a un tipo de igualdad en la cual cada individuo pueda construir su particularidad no separándose de la sociedad sino participando en ella a partir de sus características propias, en condiciones de reconocimiento mutuo y reciprocidad (Rosanvallon, 2013: 261).

Se argumenta incluso que el reconocimiento ha llegado a ubicarse en el centro de la política. “La 'lucha por el reconocimiento' se ha convertido en la forma paradigmática del conflicto político y social desde finales del siglo XX. Las reivindicaciones que buscan el reconocimiento de una diferencia (de nacionalidad, cultura, género, tendencia sexual...) están hoy en el origen de muchos conflictos en el mundo, probablemente de los más difíciles de gestionar” (Innerarity 2015: 62).

En cualquier caso, la reivindicación simultánea de la libertad y la igualdad pasa por el reconocimiento y el respeto, profundamente arraigados en el pluralismo, de diferencias como las indicadas y otras, que también son parte de las formas de vida que hay motivos para considerar valiosas.

En una perspectiva potencialmente convergente, Therborn (2013) caracteriza al individualismo solidario como la voluntad de elegir la forma personal de vida combinada con la preocupación acerca de las posibilidades de otros para hacer sus propias elecciones. Lo considera como una fuerza igualitaria. Se plantea en este marco una cuestión central: ¿cómo combinar algunas modalidades del individualismo, que en conjunto parece tan potente, con niveles relevantes de cooperación y vocación igualitaria?

El individualismo de las nuevas derechas es una forma de agencia que desprecia de la cooperación y, en sus formas extremas, considera una aberración a la justicia social. Esta ha encontrado, históricamente, su más lograda concreción en el Estado de bienestar. Su defensa por los sectores progresistas tiene plena justificación. Pero, si lo que se busca es promover formas de la agencia orientadas por la solidaridad, hay que ir más allá de esa defensa.

En efecto, las visiones desde el bienestar y desde la agencia no coinciden: “desde la perspectiva de agencia, la persona es considerada como alguien que juzga y actúa, mientras que desde la perspectiva de bienestar se la considera como un beneficiario cuyos intereses y ganancias han de ser tenidos en cuenta. De ahí que la faceta de bienestar es cardinal en algunas circunstancias, por ejemplo en las decisiones para superar una hambruna, o en la planificación de políticas de cobertura sanitaria básica, mientras que bajo otras circunstancias la faceta de agencia y la propia responsabilidad hacia los demás son determinantes, por ejemplo en acciones de la vida comunitaria.” (Pereira, 2009: 66)

Promover (ciertas formas de) la agencia tiene fundamentación normativa: “La agencia constituye una dimensión central de la calidad de vida, ya que para la realización de una persona resulta fundamental la capacidad de fijarse metas y valores y alcanzarlos. En ese marco, resulta deseable que los programas públicos orientados al alivio de la pobreza integren acciones tendientes a la mejora de esta dimensión.” (Amarante et al, 2009: 263) Involucrar en tales programas a las poblaciones más vulnerables posibilita no sólo escuchar la voz de quienes suelen ser silenciados sino también expandir su agencia y sus capacidades para aprender (Bortagaray & Gras, 2014: 282).

La calidad de vida ligada a la agencia incluye la realización mediante formas del trabajo digno y socialmente valioso. Afirma Kolmosy (2018) que, al revés de lo que los economistas en general predijeron, de lo que se incorporó a los códigos laborales y de lo que llegó a ser la concepción dominante del movimiento obrero, el trabajo asalariado no desplaza a todas las otras formas de trabajo, mientras que actividades ligadas a los cuidados y la preservación de la vida han llegado a ser vistas como ejemplo por antonomasia de la realización mediante el trabajo.

Por otra parte, se ha desdibujado la perspectiva del ingreso asegurado a partir del empleo estable. La cuestión del desarrollo emergió cuando las configuraciones de poder dominante a escala del mundo eran sociedades industriales. La más poderosa de ellas, el capitalismo, parecía avanzar hacia el pleno empleo. La otra, el socialismo de Estado que desafiaba a la primera, garantizaba de por sí la ocupación plena. La industrialización – con o sin cambio de “modo de producción” - aseguraba el ascenso al pleno empleo, visto como pilar de la mejora de las condiciones de vida. No es de extrañar que, en ese tiempo, se registrara un importante consenso industrializador. Desde entonces ha tenido lugar un cambio de época. “La combinación de capital y conocimiento permite producir cada vez más con menos trabajo.” (Bodemer, 1998: 64) El empleo informal se extiende al Norte; en el Sur se hace improbable su superación, que antaño la industrialización parecía garantizar. Se plantea (Grabois, 2022) que la gran batalla laboral del siglo XXI es garantizar un ingreso suficiente que permita una vida digna a los trabajadores que no son empleados. Esto es decisivo para superar la pobreza; no podrán encontrarse soluciones sin un activo papel del sector público; pero, si de este depende casi todo, tienden a expandirse la dependencia de los postergados respecto a los que gobiernan, el clientelismo, la corrupción, la

ineficiencia y el rechazo de no poca gente al Estado. En Argentina, un sistema así fue impulsado por Menem para paliar el rechazo electoral a su enérgico neoliberalismo; el kirchnerismo lo expandió durante el tiempo de bonanza; Milei aprovechó los rechazos al sistema que se multiplicaron cuando llegó el estancamiento. La agencia de los postergados tiene que ir más allá de las movilizaciones para incidir en la cuantía y la distribución de las transferencias estatales. Quizás sea esta la verdadera gran batalla laboral y social del siglo XXI.

La prioridad asignada a la agencia no disminuye el valor de medidas sociales paliativas como, por ejemplo, la transferencia de dinero en beneficio de los más necesitados. No hay soporte empírico para la alegación de que los pobres despilfarran ese dinero; más bien incrementan su gasto en alimentación, educación y salud (Banerjee y Duflo, 2019).

Ver a la gente como pacientes afecta a su calidad espiritual de vida pero también limita los avances en lo que tiene que ver con su calidad material de vida. En variados procesos de atención a las reivindicaciones de sectores postergados, cabe ubicar la intervención de la política pública al inicio para que luego los directamente afectados se vayan convirtiendo en los principales protagonistas (Pereira, 2009: 76). Si esto último no se logra, los avances serán limitados y, a la corta o a la larga, las insatisfacciones se multiplicarán.

Puede invocarse, en apoyo de las afirmaciones precedentes, un pragmatismo sin tapujos. En el mundo de hoy, las dimensiones de la problemática ambiental y social, la multiplicación de reivindicaciones materiales e inmateriales, requieren una intervención cada vez más amplia del Estado, una extensión de sus funciones. Pero con la montaña de complicadas cuestiones planteadas no puede lidiar exitosamente un Estado realmente existente: “en las sociedades liberales se produce un número de demandas de la sociedad civil frente al sistema político, incluso frente al más eficaz, muy superior a su capacidad de darles respuesta.” (Bobbio 2009: 235) Para aliviar la pobreza en formas sostenibles y que alimenten activamente sucesivos avances, el frío realismo alcanza para recomendar que se asigne prioridad a la agencia solidaria.

No hace falta exagerar la importancia de los intereses materiales para suponer que la contraposición entre el individualismo unilateral de las nuevas derechas y aproximaciones ideológicas que presten mayor atención a lo colectivo – sin lo cual no es viable – se irá definiendo sobre todo por los resultados materiales de las prácticas que cada ideología inspire, en especial respecto a la pobreza y a la exclusión. Avanzar en estos terrenos es imprescindible para abrir caminos hacia el Desarrollo Humano Sostenible, sobre todo si se entiende que su clave es la expansión, en el presente y hacia el futuro, de las capacidades y las libertades de la gente en tanto agentes.

Para profundizar al respecto conviene pasar de las muy generales consideraciones precedentes a una mirada a la realidad de nuestra región.

Latinoamérica en la “de-globalización”

En el marco ideológico dominante del consenso de Washington, América Latina retomó en la década de 1990 un crecimiento económico dinamizado sobre todo por las modalidades de la

inserción externa, lo cual había sido grosso modo la pauta dominante desde la primera globalización hasta la Gran Depresión. Dos formas principales de tal inserción fueron ya entonces destacadas, y siguen siéndolo al presente: la que se apoya en productos primarios en América del Sur y la que se apoya en manufacturas por lo general con escaso valor de conocimiento agregado, o maquila, en México y América Central, donde además el turismo y las remesas de los emigrantes tienen a menudo gran peso en el PBI. Ello se enmarca en lo que en esa época la CEPAL denominaba competitividad espuria, motorizada por débiles controles ambientales, bajos salarios y pobre regulación del trabajo.

En tal panorama, la inversión extranjera afirmó su papel y confirmó algunas de las dificultades que suscita. “Although all latecomer economies have welcomed FDI (Foreign Direct Investment), they have found it difficult to utilize FDI to nurture local production and innovation capacity. If a latecomer economy fails to properly manage this dimension of the global–local interfaces, it often falls into a liberalization trap, whereby local capabilities fail to grow while MNCs come to dominate the local economy. The worst consequence of this trap is premature de-industrialization and stagnation in the Middle Income Trap. Local ownership becomes important during the middle-income stage and later because FDI firms tend to become increasingly reluctant to transfer or sell technology and are prepared to relocate to other production sites offering lower wages.” (Lee, 2024: 247)

Esa trampa se caracteriza como sigue: “a situation in which middle-income countries face a slowdown of growth as they get caught between low-wage manufacturers and high-wage innovators because their wage rates are too high to compete with low-wage exporters and their level of technological capability is too low to allow them to compete with advanced countries.” (Lee, 2013: 5)

Con el nuevo milenio, China fue apareciendo como el gran ganador de la segunda globalización. Y ello abrió para América del Sur la oportunidad de una inserción periférica privilegiada, a partir de la riqueza de sus recursos naturales que le permitió un intercambio en rápida expansión con el nuevo taller del mundo. Algo así había conocido el Río de la Plata cuando se insertó durante la segunda mitad del siglo XIX en el por entonces emergente orden centro periferia.

En semejante contexto, los progresismos que llegaron a gobernar en varios países de la región, a impulsos de las diversas oposiciones al neoliberalismo, pudieron combinar crecimiento con distribución. La pobreza retrocedió significativamente en gran parte del continente, e incluso hubo cierta disminución de la desigualdad. Paralelamente, varios gobiernos de ese signo impulsaron avances hacia la igualdad de género y el reconocimiento de la diversidad sexual, en algunos casos muy significativos. Pero apenas si se intentó transformar profundamente la matriz productiva hacia actividades basadas en el conocimiento y motorizadas por la innovación.

Desde diversas tiendas se llegó a presentar a China como un aliado estratégico para nuestros países. Seguramente, su incidencia rápidamente creciente en la economía latinoamericana permite atenuar la dependencia del Oeste; pero no hay mayor sustento conceptual o empírico para suponer que por allí se puede ir a un desarrollo de alguna manera basado en el conocimiento. En

todo caso, hacia el final del boom de las commodities, la inserción primaria exportadora de América del Sur en el mundo se había afirmado, su caracterización como extractivismo devino habitual, su contribución a la mejora de las condiciones de vida se debilitó, el descontento de mucha gente volvió a hacerse evidente y las nuevas derechas fueron encontrando espacios para irrumpir en el escenario.

El progresismo en tanto antineoliberalismo redistributivo encuentra oportunidades para mejorar las condiciones de vida material, con especial atención a sectores postergados, cuando la coyuntura internacional es favorable, pero no alcanza a abrir caminos nuevos para el Desarrollo Humano Sostenible. Parece incluso asociado a un cierto estancamiento en el campo de las ideas. “Aferradas a viejas consignas “antineoliberales” que ya no funcionan, las izquierdas se han quedado recitando una vieja partitura. Las izquierdas latinoamericanas parecen carecer hoy de aquel proyecto de renovación ideológica que vivieron a mediados y fines de la década de 1980.” (Schuster, 2024: 35)

Sin desmedro de lo antedicho, los dos países más poblados y gravitantes de la región, Brasil y México, tienen gobiernos antineoliberales. También tiene ese signo el gobierno de Colombia, que al inaugurarse anunció una muy ambiciosa agenda de cambios en profundidad, incluyendo el tránsito hacia un desarrollo ligado al conocimiento y con decreciente dependencia de los combustibles fósiles; los avances en tal dirección están encontrando obstáculos muy grandes. El actual gobierno de Chile fue visto, junto a los antes mencionados, como parte de un posible “segundo ciclo progresista”; en ese país la insurgencia masiva de octubre de 2019 levantó una agenda orientada hacia la sustentabilidad ambiental, la inclusión social y la expansión de derechos, que fue derrotada en el plebiscito constitucional de 2022, mientras que una derecha extrema parece afirmada.

El enfrentamiento entre Estados Unidos y China marca la época. La potencia dominante encara un desafío inédito. “With a far more successful economy, a more dynamic technology sector, a far larger population, a more cohesive polity, and a more competent government than the Soviets ever had, China is on its way to becoming a comprehensive power at least the equal of the US.” (Wolf, 2023: 355)

Ese enfrentamiento por la hegemonía viene erosionando la globalización, a lo cual también contribuyeron la pandemia y la reaparición de la guerra en el escenario mundial. Se afirma incluso que se ha ingresado en una nueva etapa: “Over the past decade, a new trend toward de-globalization has emerged that has been triggered by a series of events, including the 2008 global financial crisis, the rise in US–China tensions since 2019, the COVID-19 pandemic, and the Russia–Ukraine War.” (Lee, 2024: 207)

Estados Unidos impulsa, con amplio apoyo interno, su reindustrialización y un desplazamiento de sus inversiones externas de China hacia otros lugares, particularmente algunos más próximos. México parece beneficiarse mucho de tal fenómeno; tal vez su inserción manufacturera exportadora no sólo se expanda cuantitativamente sino también conozca cierto “upgrade” en materia de conocimiento e innovación. En cualquier caso, la problemática de la violencia y la desigualdad seguirá siendo muy difícil de afrontar.

En mayor o menor grado, esa problemática es la de toda la región.

En especial, el auge de la política criminal amenaza frustrar el desarrollo aún de los países con mayor capacidad estatal. “Chile and Uruguay, both of which are often considered high-capacity states with good quality democratic institutions – at least in the Latin American context – today confront significant challenges, which can, at least in part, be attributed to the expansion of criminal politics. Such an increase is likely to reduce their long-term institutional quality endowments intertemporally.” (Feldmann & Luna, 2023: 15)

Más en general, en un panorama de conjunto de la región al comienzo de la tercera década de este siglo se destaca (Munck & Luna, 2022) la corrupción vista en general como impune, la criminalidad sistémica a la cual se deben más muertes que durante los tiempos más oscuros de la violencia política, la persistente desigualdad socio económica y los costos tanto sociales como ambientales de la producción altamente dependiente del extractivismo.

Observaciones acerca de algunos procesos en curso

En la “de-globalización” a la que se refiere Lee, las diferentes trayectorias desde las formas actuales de la condición periférica estarán altamente condicionadas por la geopolítica (como lo indica el caso de México), pero seguramente también por la capacidad ideológica y política para plantear y mantener un proyecto creíble para mucha gente. Sin visiones ampliamente compartidas de futuros viables y deseables, la atención focalizada en lo individual y aún el escepticismo más bien paralizante tienden a dominar el panorama espiritual. En cualquier caso, la dependencia de acontecimientos de coyuntura, y aún del azar, será grande y quizás mayor de lo habitual, pues aparentemente el mundo de hoy se complica a un grado y con una velocidad mucho mayores incluso que en el ayer reciente.

No sería pues de extrañar que sigan cobrando protagonismo los liderazgos carismáticos. De ellos un ejemplo mayor es el de Milei. Encarna una propuesta para la “de-globalización” con varios rasgos netos: por la derecha y con Occidente, a rajatabla; apuesta sin restricciones al mercado y a la inversión extranjera, particularmente en las áreas de recursos primarios; despreocupación por la sostenibilidad, la desigualdad y la pobreza. El proyecto puede descarrilar en cualquier momento, por ejemplo debido a las formas mediante las cuales el líder pone en juego su carisma. Ian Kershaw, el gran estudioso del nazismo, afirma que el carisma, en el sentido elaborado por Weber, es la mejor explicación del fenómeno de Hitler. Si las circunstancias no lo hubieran favorecido reiteradamente, ese personaje pudo haber desaparecido del mapa antes de desencadenar una catástrofe inmensa.

Pase lo que pase en la sufrida Argentina, rasgos análogos al proyecto que hoy impulsa su gobierno pueden detectarse en propuestas con significativa presencia ideológica y política en otros países de la región. Apuntan a consolidar un tipo de inserción periférica que no poca gente puede considerar que no es la peor desde el punto de vista de sus intereses materiales. Marcan una posición neta ante varias de las mayores tensiones contemporáneas: entre giro reaccionario, preservación del Estado de Bienestar y expansión de derechos; entre crecimiento económico,

distribución y protección ambiental; entre el alineamiento con el Oeste y alguna opción por la multipolaridad.

En Brasil tensiones semejantes configuran un panorama polarizado y conflictivo, Tras una rebeldía callejera en 2013 que se canalizó hacia la derecha, la elección de Bolsonaro en 2018 fue un tremendo eco a la de Trump dos años antes; pese a su pésima gestión de la pandemia, fue apenas derrotado en 2022 por un gran frente democrático informal. El gobierno de Lula tiene que conciliar la obtención de recursos, para expandir las políticas contra la aguda pobreza, con la sostenibilidad ambiental, particularmente su compromiso mundial con la preservación de la Amazonia; la tensión se focaliza en los conflictos en torno a la producción petrolera. La extrema derecha mantiene, pese a las tropelías cometidas (y quizás también gracias a ellas), su poder ideológico y de movilización política; está muy cerca del aparato militar, que conserva notoria gravitación; sintoniza bien con el agronegocio, uno de los puntales de la inserción económica externa del país. Todo eso lo simboliza la conjunción de las bancadas parlamentarias llamadas de la biblia, de la bala y del buey. Habiendo sido gran impulsor de los BRICS durante su primera gestión presidencial, Lula busca con dificultades una ubicación internacional independiente y aún pacificadora; el bolsonarismo se alinea con el Oeste. El actual gobierno, confrontado al extractivismo y a la persistente condición periférica, plantea una reindustrialización de agenda ambiciosa y especial atención a las demandas sociales.

¿Cuáles son las posibilidades de que los esfuerzos proyectados o en curso por revigorar la democracia en América Latina se potencien mutuamente con avances hacia el Desarrollo Humano Sostenible?

La noción de solidaridad eficiente

Como una pista entre otras para buscar respuestas a la interrogante con la que termina la sección precedente, se propone la noción de solidaridad eficiente. La idea general es que tal noción puede contribuir a realizar transformaciones basadas en la agencia de los de abajo cuando el saber afirma el poder de los de arriba pero la institucionalidad dominante se agrieta rápidamente. (Arocena, 2020: 143)

Esa pista se inscribe en la familia amplia de alternativas a la crisis contemporánea que tienen en común el propósito de profundizar y expandir la democracia. En su último libro E. O. Wright (2019: 24) señala que un lugar de trabajo democrático, una universidad democrática y una familia democrática forman parte de una sociedad democrática tanto como un Estado democrático. En ámbitos como esos y otros, la brújula democratizadora tiene que marcar rumbos concretos para afrontar problemas y conflictos.

En este texto se presta especial atención a las ideas políticas y a cómo ellas enmarcan la conflictividad social. Afirma Piketty (2019: 890) que el régimen de propiedad constituyó el eje central del conflicto político-ideológico durante los siglos XIX y XX, mientras que solo a fines del siglo XX el régimen educativo adquirió importancia comparable. Conviene subrayar y afinar tal afirmación. En un texto escrito hace bastante más de un siglo ya, Weber (2000: 39) afirmaba que

no sólo la propiedad sino también la formación definen la posición de clase. El primer elemento no ha perdido nada de su relevancia, la del segundo no ha hecho sino acentuarse; el entrelazamiento de ambos es característico de la sociedad capitalista del conocimiento, en cuyo marco ha de analizarse las perspectivas de la solidaridad eficiente.

En relación al conocimiento y a su uso, esas perspectivas han encontrado en nuestro país un importante grado de confirmación durante la pandemia. En un trabajo en vías de publicación, se argumenta que el accionar de la comunidad académica uruguaya ante el covid fue eficiente y solidario, rasgos que se acentuaron a través de la colaboración de esa comunidad con el sector público y otros actores. Esa experiencia, como otras, podría contribuir a la emergencia de un sentido común que vea al Estado como “promotor de la solidaridad eficiente vertebrada por la agencia de los postergados, en cuyos esfuerzos por dejar de serlo y poder vivir vidas valiosas está el centro de la cuestión del desarrollo.” (Arocena y Sutz, 2024)

Quizás la solidaridad eficiente pueda llegar a ser un componente del “sentido común” - en la acepción ya mencionada que Stefanoni (2021) sugiere – de quienes impulsan el Desarrollo Humano Sostenible con la agencia como columna vertebral, no sólo en lo que hace al Estado sino en los diversos ámbitos sociales, a niveles micro, meso y macro.

Se trataría de algo así como un “principio, duraderamente instalado, de improvisaciones reguladas”, que es la caracterización del “habitus” según Bourdieu. Se la glosa esquemáticamente a continuación. El principio se constituye a partir de ciertas estructuras cognitivas y motivacionales. Viene a ser una orientación general para prácticas, individuales y colectivas, en un sentido muy amplio que incluye en realidad pensamientos, percepciones, expresiones y acciones. Las prácticas en cuestión difieren tanto de la creación de novedades impredecibles como de la repetición mecánica o programada de lo hecho antes; no surgen directamente de las condiciones objetivas sino que manifiestan una libertad condicionada por la historia. Se adaptan a las demandas de cada situación, que aparecen como potencialidades objetivas para desplegar acciones que, en su conjunto, van afirmando el principio general. (Bourdieu, 2013: 78, 82, 95 y 218, nota 48).

Promover el Desarrollo Humano Sostenible pasa por encarar muy variadas situaciones problemáticas a través de acciones que, a la vez, sean específicas y respondan a un principio general. Este último debe constituirse a partir de un cierto conocimiento de la realidad y de valores que mueven a la acción. Al respecto, en la visión del desarrollo en la que se inserta este texto se asume que: el poder de incidir en la realidad depende altamente de las capacidades organizacionales y tecnológicas de los grupos o sectores involucrados; mejorar esa realidad, en el sentido de que se amplíen las posibilidades de la gente para vivir vidas valiosas, tiene que ver ante todo con las capacidades para actuar de los sectores más postergados; el núcleo de la cuestión radica en la medida en que esos sectores y otros pueden colaborar de maneras concretas y eficaces.

Tales afirmaciones pueden contribuir a caracterizar un “modelo de desarrollo”, en el entendido de que los “modelos difieren fundamentalmente en cuanto a la selección de prioridades, quiénes son los actores decisivos en el proceso y cómo se articula el proceso de toma de decisiones.

Es necesario insistir en la necesidad de prestar atención a los sistemas de valoraciones en los que se fundan los proyectos de desarrollo.” (Bertoni, 2023: 135)

El enfoque general reseñado lleva, ante un determinado problema, a prestar especial atención a los sectores postergados que están directamente involucrados de modo que ellos tengan real protagonismo en la caracterización de las dificultades a encarar así como en la definición e implementación de las soluciones deseables. Estas, en los casos más relevantes, apenas si serán rutinarias o improvisadas. Dada la complicación e interconexión al alza de los problemas urgentes, esas soluciones tendrán, cada vez más, que basarse en el conocimiento y tener carácter de innovaciones. Dentro de las restricciones fijadas por las condiciones objetivas – que suelen ser grandes pero que rara vez imponen un camino único - las soluciones a buscar serán las que atiendan tanto a las particularidades de cada caso como a fortalecer las capacidades cognitivas, colaborativas, organizacionales y motivacionales para encarar instancias posteriores. Expandir tales capacidades implica ampliar los márgenes de libertad que permiten las estructuras y las coyunturas específicas.

Las estructuras no son prisiones que encierran a la gente ni edificaciones que desafían al tiempo – como las pirámides de Egipto – sino más bien tendencias profundas o “pesadas”, que evolucionan a la vez que preservan ciertas dinámicas centrales. La condición periférica latinoamericana es un ejemplo claro. Las estructuras modelan la agencia, impulsándola en ciertas direcciones y bloqueando otras, pero también abriendo intersticios por los cuales pueden infiltrarse proyectos con lógicas diferentes a las dominantes. El arte de la política progresista consiste en mantener siempre vigentes tales proyectos y aprovechar las coyunturas favorables, cuando los intersticios se convierten en grandes ventanas de oportunidad. En cualquier caso, conviene pensar en términos de procesos colectivos de aprendizaje que van afirmando, paso a paso y caso a caso, la solidaridad eficiente como principio orientador general. No es exagerado decir que las experiencias exitosas de desarrollo constituyen aprendizajes sociales a gran escala.

Sobre el Estado y las capacidades

La sección precedente presenta al Estado como gran promotor potencial de la solidaridad eficiente. Para que esta noción pueda orientar ciertas prácticas, es necesario pues precisar una visión fáctica, normativa y propositiva del Estado, o sea, una visión de lo que el Estado en realidad es, de lo que debería ser, y de cómo intentar que la realidad se parezca más a lo que se quiere.

El Estado es el conjunto de instituciones, organismos y personas que establece un cierto orden en un territorio determinado, mediante regulaciones de cumplimiento obligatorio sustentadas en la aspiración al monopolio de la violencia legítima (Mann, 1993; Giddens, 2009: 989). Es, primero que nada, el Estado juez y gendarme que legisla y decreta, establece los procedimientos para la designación o elección de autoridades, recauda impuestos, administra la justicia, manda a la policía y al ejército, preserva las fronteras y dirige las relaciones exteriores. Un consenso amplio sostiene que debe ser un Estado democrático de derecho, que garantice las libertades civiles y políticas, establezca la elección de gobernantes por sufragio universal y posibilite diversas formas de participación ciudadana en la resolución de los asuntos públicos. Aún

versiones limitadas de esa formulación normativa tienen más bien escaso calado en la realidad. La democratización política sigue estando al tope de la agenda. La desafían el auge de las nuevas derechas y, más en general, la afirmación de autoritarismos de distinto cuño. Sólo un régimen político democrático abre cauce a la agencia ligada a la autonomía de la gente (O'Donnell, 2010). El desarrollo no puede avanzar si la democracia política no se afianza.

El Estado también atiende a las necesidades de la población, en formas muy variadas que van desde los mínimos socorros en situaciones de urgencia, pasando por la provisión de servicios de salud, educación y jubilaciones, hasta la atención integral, desde la cuna a la tumba, que impulsaron con éxito diverso algunos gobiernos durante el siglo XX en particular. La aspiración, muy afín a la idea de progreso, de construir un Estado social apunta a fortalecer los derechos económicos, sociales, culturales, ambientales, de género y otros. En tiempos como los actuales, de necesidades multiplicadas – particularmente por el deterioro ambiental – y de reivindicaciones diversificadas, el Estado social se enfrenta a un desborde de tareas que tiende a ser inmanejable. Se enfrenta también a las nuevas derechas extremas, que quieren restringir severamente sus cometidos o incluso suprimirlos, dejando librada al mercado la atención de las urgencias sociales. En tal contexto resulta central atender, según el enfoque glosado en una sección precedente, a la distinción (y combinación) entre políticas de bienestar y políticas de promoción de agencia. El Estado paternalista y omniabarcante puede paliar ciertos problemas pero, más allá de intenciones, genera ineficiencias, corrupciones y una limitada expansión de las capacidades de los sectores subordinados. El Estado que hace falta tiene que ser al mismo tiempo el escudo de tales sectores y el promotor de su agencia, combinación muy difícil pero que al menos debiera afirmarse ideológicamente.

El Estado ha sido asimismo a lo largo de toda la historia – bajo modalidades distintas, varias sin duda benéficas y otras espantosas - un actor muy gravitante en la producción y distribución de bienes y servicios. No ha dejado de serlo. Afirma un antiguo jerarca del Banco Mundial: “The government is the most important institution in any economy.” (Lin, 2012: 295) Las economías modernas mínimamente eficaces son, como solía caracterizárselas en otra época, economías mixtas. La denominación sugiere tal vez una mezcla de propiedad estatal y propiedad privada, que no es lo que mayormente se registra. Quizás se pueda aludir a economías combinadas, en el entendido de que en el marco de la sin duda dominante propiedad privada, el mercado y el Estado asumen funciones diferentes, cuya mejor combinación es en gran medida el arte propio de la política económica.

Tal política tuvo ribetes diversos durante ese retorno del Estado que fue rasgo mayor del ciclo progresista latinoamericano. En algunos casos la política económica contribuyó a una significativa mejora de las condiciones de vida, en otros lo hizo menos y también se registró un ejemplo desastroso. En Venezuela un hiperestatismo torpe y corrupto impulsó una crisis tremenda que, en especial a través de la emigración no querida de millones de personas, se hizo conocer en el exterior y proporcionó abundante munición a las nuevas derechas. En su famosa autocrítica de la economía del desarrollo Hirschman (1984) sostuvo que no se puede progresar sin enfrentar a la mala política; es un problema permanente o, más precisamente, una tarea permanente.

La gravitación de los intereses materiales hace pensar que, en la dilucidación del enfrentamiento entre nuevas derechas por un lado y alternativas para un nuevo desarrollo por el otro, tendrá singular incidencia la evolución de la economía. En ella, si el gobierno es la institución más importante en cualquier economía, será de la máxima importancia el desempeño económico del sector público, su orientación, su capacidad de gestión y su nivel ético.

Lo que el Estado hace en materia económica suele justificarse por fallos del mercado. En perspectiva neo shumpeteriana se afirma un enfoque diferente: “In contrast to the typical arguments for government activism that are based on market failure, the current study emphasizes 'capability failure' as a justification for government activism.” (Lee, 2013: 150) Esta última es una perspectiva más adecuada para una concepción del desarrollo vertebrada por la expansión de las capacidades.

Se la puede elaborar ampliando los alcances de la idea de Fajnzylber (1984) acerca del proteccionismo para el aprendizaje. En su visión, corroborada ampliamente por estudios fundamentales, para la superación de la condición periférica en países como Corea del Sur y Taiwan fueron determinantes políticas de protección estatal a las empresas nacionales que, a la vez, las ayudaron y las indujeron a recorrer caminos de aprendizaje tecnológico, innovativo y exportador, mientras que políticas de ese tenor no tuvieron mayor entidad durante la industrialización dirigida por el Estado en América Latina.

Una estrategia generalizada con esa inspiración promovería el bienestar de la población priorizando formas conectadas con la expansión de sus capacidades, en especial protegiendo los generalmente difíciles procesos de aprendizaje colectivos bajo modalidades que tiendan a hacer menos necesaria esa protección, lo cual permite canalizar recursos públicos al respaldo de otros procesos y fortalece la agencia, que es lo deseable y también lo necesario para sobrevivir a circunstancias cambiantes.

"El MST [Movimiento de trabajadores Sin Tierra de Brasil] es el principal productor de arroz orgánico en América Latina, la política pública de compra de alimentos ha sido clave para el desarrollo de esta iniciativa, pero la desarticulación de esas mismas políticas a partir de la destitución de Dilma Rousseff en 2017 permitió evidenciar que, aún sin mercado asegurado, la iniciativa se puede mantener en pie. Los buenos índices de productividad, por encima de las 5 toneladas por hectárea, y los bajos costos de producción han permitido que la iniciativa perdure." (Alzugaray, 2023: 277) El MST creó sus propias escuelas de formación política y técnica, respaldó el asentamiento de 450 mil familias que conquistaron tierras, organizó muchas cooperativas diversas, más de 100 agro industrias propias y alrededor de 1900 asociaciones de campesinos. (Frei Betto, 2024)

El párrafo anterior se refiere solo a un caso, pero su importancia no sabría ser exagerada. Un actor colectivo, a menudo considerado el más fuerte movimiento social de la región, es también su principal productor de arroz orgánico y despliega una notable diversidad de acciones. Difícil encontrar ejemplo mayor de solidaridad eficiente, que además atiende a la sostenibilidad ambiental y proporciona un producto fundamental de la alimentación de su pueblo (como lo hicieron notar las recientes inundaciones en el sur de Brasil). El respaldo estatal ayudó a expandir las capacidades

del movimiento hasta el punto en que este pudo mantener una actividad productiva fundamental cuando ese respaldo fue liquidado. Parece un maravilloso ejemplo de involuntario pero real proteccionismo para el aprendizaje en el continente de lo real maravilloso.

La especificidad de la condición periférica es una tesis central del estructuralismo latinoamericano. Sigue vigente. “The central insight of structuralism is that developing countries are qualitatively different from developed ones.” (Dani Rodrik, en Lin, 2012: 53) Rasgo típico de la condición periférica es que, en general, la producción no se basa en el conocimiento avanzado y, sobre todo, no tiene como motor a la innovación endógena, por lo cual la demanda solvente de conocimientos que las empresas dirigen a la investigación local es débil, como lo era en Corea del Sur o Taiwan más de medio siglo atrás. Allí fue impulsada por vías autoritarias y con cierta benevolencia de la potencia dominante. Aquí no parece viable y sobre todo no es deseable transitar por esas vías.

A veces parece que la heterodoxia neo schumpeteriana nos recomendará seguir ortodoxamente el camino del Este de Asia. Pero también es cierto que esas recomendaciones han ido diversificando su alcance, en la estela de Freeman, prestando de hecho creciente atención a la formación avanzada: “The difference between successful Asian and less successful Latin American economies is the priority given to policies that enhance long-term growth potential, technology, and specifically higher education.” (Lee, 2013: 190)

Las especificidades de la periferia latinoamericana incluyen el vigor de variados actores populares para resistir al neoliberalismo y para reclamar políticas sociales. Nuestras alternativas heterodoxas debieran incluir, junto a otras, el fomento a la demanda social de actores con potencial para aprender y llegar a innovar, tecnológica y organizativamente, de formas inclusivas y sustentables. La concepción de las políticas sociales como políticas de innovación y viceversa (Arocena & Sutz, 2012) implica combinar, con eje en el tipo de proteccionismo para el aprendizaje generalizado que se esbozó antes, las áreas del Estado social con las del Estado promotor de las agencias para el desarrollo.

Posibilidades

La cuestión del desarrollo se planteó, hacia mediados del siglo pasado, como el problema de superar el atraso. Surgió de una doble comprobación: por un lado, en gran parte del mundo y sin desmedro de su heterogeneidad, las condiciones de vida (en dimensiones como la alimentación, la salud, la alfabetización y otras) eran considerablemente peores que en un cierto conjunto pequeño de países; por otro lado, en este conjunto de países se había experimentado recientemente una mejora apreciable en los promedios de los datos relacionados con dimensiones de la vida como las anotadas. Ciertas conclusiones emergían con fuerza: la miseria que había signado siempre la vida de la mayoría de la Humanidad no era inevitable; cuando el progreso se mostraba posible, el atraso se convertía en un escándalo moral; había que superarlo; tamaño viraje en la historia no podía sino ser un proceso de largo plazo.

Atraso y especialmente progreso eran nociones ya por entonces muy discutidas; lo serían cada vez más, especialmente en relación a los logros relativos y los notorios fracasos de las estrategias para el desarrollo. Estas han sido bastante diversas: algunas reformistas, otras revolucionarias; a menudo ortodoxas y frecuentemente heterodoxas. Las ideologías invocadas para impulsarlas no han dejado de ser muy distintas. Tampoco, seguramente, las motivaciones profundas para adherir a alguna de ellas: prevenir revoluciones en el caso de las élites dominantes; ascender al poder en el caso de grupos que se constituían como contra élites; egoísmo bien entendido (¿se puede vivir bien entre muchos que viven mal?); incluso aspiraciones de raíz fundamentalmente ética. Pero, de alguna manera, todas las estrategias para el desarrollo apuntaban a lograr soluciones colectivas a los problemas sociales.

La intención de resolver problemas colectivos que incluyen el atraso o la postergación que afectan a ciertos sectores de la población en relación a otros sigue siendo clara en la formulación de los ODS, por ejemplo en relación a la pobreza y a diversas dimensiones de la calidad de vida. Pero, respecto a los planteos dominantes allá por los años '50, hay sustanciales diferencias, de las cuales aquí conviene subrayar dos. Primero, el “atraso” o postergación incluye varios aspectos antes ignorados y se refiere no sólo a los países “en desarrollo” sino también a grandes contingentes humanos que viven en los países llamados “desarrollados”. Segundo, a las metas que apuntan al “progreso” - entendida como alguna forma de mejora de la calidad de vida – se suma una gran preocupación por el retroceso generado por los cambios ambientales y climáticos. El desarrollo se ha convertido en una cuestión que atañe a todo el planeta. Más que nunca, las estrategias para afrontarla no pueden sino tener sustanciales facetas colectivas que han de desplegarse durante un período que no puede ser corto.

Los ODS fueron aprobados en 2015. Cabe señalar sus carencias, más aún la falta de auténtico compromiso de buena parte de sus firmantes y, sobre todo, la modestia de los avances registrados desde entonces. Aún así, marcaron un nivel de consenso que no será sencillo superar. Se ha afirmado que su aprobación no hubiera sido posible más tarde. En todo caso, la elección de Trump el año siguiente marcó el ingreso en una época todavía mucho menos propicia que antes para la sostenibilidad ambiental y también para la inclusión social.

El desarrollo tiene que ser de alguna manera algo colectivo y a largo plazo, mientras que los valores dominantes de la época realzan el individualismo y lo inmediato. Pero formulaciones normativas trabajosamente construidas y articuladas en torno a los Derechos Humanos apuntan en direcciones diferentes y tienen no poco apoyo. La experiencia indica que en la vida de la especie humana el egoísmo se entreteje con formas de la reciprocidad y aún del altruismo. No es evidente que los intereses materiales y las pasiones de la gente reciban un grado de satisfacción mayor cuando las ideas prevalecientes apuntan a concentrar la atención en el corto plazo y el beneficio individual que cuando impulsan a ampliar la mirada. Podría pues asistirse a un retorno del desarrollo – a una renovada vigencia de la cuestión – si ciertas ideas asociadas contribuyeran a iluminar vías que resulten más idóneas que las esgrimidas con especial vigor por las nuevas derechas para mejorar mañana y ya hoy la calidad de vida, en lo espiritual pero también en lo material. En ese entendido, se ha intentado aquí afinar y fundamentar la noción de solidaridad eficiente.

Esa noción puede tener algún papel en las actividades de distintos actores colectivos a los niveles micro, meso y macro de la sociedad; esa doble diversidad – de actores y niveles – es imprescindible para afrontar la problemática del desarrollo a partir de la expansión de las libertades y las capacidades de la gente considerada en tanto agentes.

Ciertas posibilidades se abren en procesos realmente existentes y gravitantes donde acciones afines a la solidaridad eficiente han logrado o pueden inducir gradualmente *desvíos*, desde las vías dominantes a otras más valiosas y eficaces. Con los ejemplos mencionados a continuación se busca ilustrar esa idea y, en especial, la posibilidad de conectar desvíos varios.

En el Norte y también en otras partes se expande rápidamente la cobertura de la Educación Superior, a menudo configurando sistemas altamente estratificados que afianzan la desigualdad vinculada a la formación, ubican a los estudiantes en el papel de clientes individuales y usan gran parte del conocimiento generado en las universidades para favorecer a sectores comparativamente privilegiados. Resultados socialmente mejores se pueden lograr impulsando decididamente la generalización de la educación avanzada y permanente con vocación igualitaria, abriéndola a todos los interesados en acceder a ella, vinculándola con el trabajo y promoviendo la enseñanza activa que hace de los estudiantes, individual y colectivamente, los principales protagonistas de los procesos de aprendizaje ligados a la investigación y a su uso socialmente valioso, priorizando la colaboración con los sectores postergados. Las nuevas derechas suelen conquistar apoyos significativos entre sectores con poca formación que resienten tanto las débiles perspectivas laborales que por consiguiente tienen como el menosprecio de los sectores educados.

La ciencia, la tecnología y la innovación (CTI) han llegado a ser un componente de importancia creciente en la distribución del poder, favoreciendo netamente a las empresas y Estados más fuertes antes que a las mayorías y debilitando la posición de gran parte de los países. Ignorar esa realidad contribuye a afirmarla. En regiones como la nuestra no se puede erosionar la condición periférica y la subordinación externa sin expandir las capacidades propias de la CTI endógena; ello es necesario pero obviamente no suficiente, y menos cuando las actividades de investigación son juzgadas con las pautas hoy predominantes, individualistas y bastante ajenas a la responsabilidad social de la ciencia. Es imprescindible e incluso posible contribuir a los esfuerzos en pro de la ampliación del conocimiento y, a la vez, de su democratización, reorientando gradualmente prioridades y criterios de evaluación para que la investigación vaya dejando de favorecer ante todo a los ya privilegiados. Quienes se sienten excluidos del mundo de la ciencia tienden a veces a negarla en bloque, por ejemplo, prestando oídos a los demagogos que les hablan de “la falsa ciencia del cambio climático”.

En Estados Unidos, donde emergió la sociedad capitalista del conocimiento, varias de las empresas más poderosas libran una batalla sin cuartel y bastante exitosa contra la sindicalización, baluarte de la solidaridad en el mundo del trabajo. Son un ejemplo mayor de un vasto proceso. La concentración del saber en las cúpulas del poder económico, el autoritarismo político y el individualismo ideológico a ultranza no constituyen terreno propicio para el sindicalismo independiente. Su vigencia se liga a sus logros en lo que hace a los intereses materiales de los trabajadores, a la estabilidad y las condiciones laborales, también al reconocimiento de la dignidad del trabajo y a su incidencia en lo que hacen los gobiernos. Por otra parte, las personas arrojadas

al mundo de la informalidad laboral, sin mayor experiencia organizativa ni apoyo estatal significativo, suelen comprensiblemente prestar oídos a las prédicas contra los sindicatos y las políticas públicas. Algunas de las experiencias de cogestión sugieren que una vigencia renovada de los sindicatos puede tener entre sus pilares un involucramiento al alza de los trabajadores en la gestión de las empresas. Ese involucramiento, sobre todo si se apoya en combinar organización y formación de los trabajadores, puede hacer menos desigual la distribución de cargas y beneficios dentro de la empresa, así como más eficiente y transparente su funcionamiento, por ejemplo en cuestiones ambientales.

Por supuesto, promover la democratización del mundo del trabajo es la vocación histórica del cooperativismo. En sus documentos no siempre se vincula su accionar con el conocimiento avanzado. Pero es difícil que una reseña de sus logros no aluda al Complejo Cooperativo de Mondragón, en el País Vasco, que incluye entre sus actividades la formación de alto nivel así como la investigación y la innovación ligadas a su propia producción. El cambio tecnológico en general, y la Inteligencia Artificial en especial, no siguen rutas únicas y determinadas de antemano; pueden recorrer caminos diferentes según que las ideas orientadoras apunten, por ejemplo, a la máxima automatización y a la concentración del poder de decisión en las cúpulas dirigentes o, alternativamente, al enriquecimiento del trabajo y a la diversificación de los ámbitos y los actores de la innovación. A medida que esto se vaya entendiendo mejor, puede que cobre vigor creciente la investigación directamente conectada con los fines definitorios del movimiento cooperativo.

Las denominadas políticas laborales activas vinculan los subsidios por desempleo con la recapacitación e incluso con el acceso a niveles superiores de formación. Sin duda hay amplio campo para avanzar en esta dirección. Se trata de ir, paso a paso, más allá de los cursos eventuales de actualización y diversificación de competencias, sin duda útiles, para llegar a ofrecer a toda la Población Económicamente Activa – los que buscan ocupación y los que ya la tienen - diversas opciones de aprendizaje que incluyan en todos los casos las tres dimensiones de la enseñanza avanzada: preparación especializada, cultura general y comunicacional, formación ética. Un ejemplo mayor de algo así sería un programa de formación, en el marco del trabajo doméstico, para el desempeño en el Sistema Nacional de Cuidados; el mayor obstáculo a vencer será probablemente el prejuicio de clase. En fin, tal vez vaya afirmándose la idea de que la educación permanente ha de ser parte habitual de la jornada laboral. Debiera ser claro el papel pionero que pueden jugar en semejante avance las empresas públicas, sobre todo cuando conforman un conjunto muy importante y potencialmente sistémico, como el que existe en Uruguay. En todo caso, para caminar en esa dirección habrá que repensar en profundidad la formación de los docentes que, cuando el conocimiento es fuente mayor de poder y desigualdad, están llamados a tener un papel democratizador mucho más amplio e influyente que el que han tenido hasta el presente.

En el campo de la seguridad social es seguramente de la mayor importancia combinar las políticas de bienestar que incluyen aportes directos con la promoción de la agencia. El respaldo a la infancia postergada no debiera estar condicionado a la conducta de los padres, y seguramente debiera hacerse, en toda la medida de lo posible, en el marco de instituciones educativas que además sean sedes de una atención integral, a la alimentación, la salud física y mental, el deporte

y la cultura. En relación a los adultos, probablemente el eje debiera ser la garantía del derecho al trabajo, vinculado como se anotó en el párrafo precedente con la expansión de las capacidades. En materia de derechos jubilatorios, la justicia social sugiere distinguir según el tipo de actividad laboral y las capacidades de cada uno. La solidaridad con quienes desempeñan ocupaciones poco gratificantes y que se hacen más pesadas con el paso de los años debiera ofrecerles jubilaciones relativamente tempranas. Diferente debiera ser el régimen para aquellos que han tenido ocasión de capacitarse y poder desempeñar tareas que son fuente de gratificación hasta en edades bastante avanzadas, cuando todavía son útiles a la sociedad, incluso mediante sus aportes previsionales. La noción de solidaridad eficiente sugiere que cada uno debe contribuir a la sociedad según sus capacidades. Los aprendizajes avanzados durante la actividad laboral pueden expandir las capacidades de modo tal que trabajar no sea con el paso de los años cada vez menos grato y menos viable. Hay que encontrar mejores alternativas ante la expansión de la esperanza de vida que subir la edad de jubilación para personas que realizan un trabajo ingrato y tienen posibilidades ocupacionales rápidamente decrecientes.

La democratización del conocimiento puede contribuir, en medida mayor o menor, a encarar muy variados problemas. La violencia preocupa mucho y justificadamente a la gente en América Latina, que reclama a los gobiernos que garanticen la seguridad; por allí, si no se construyen soluciones mejores que la “mano dura”, avanza el autoritarismo. Hoy Bukele y Milei son los más notorios porta estandartes de las nuevas derechas en América Latina. Un aspecto parcial pero no secundario de la economía criminal es el vasto “ejército de reserva” con que cuenta para implementar sus acciones, en particular las más violentas; lo integran muchísimos jóvenes muy pobres, sin empleo ni estudios. ¿No sería solidario y eficiente brindarles otras opciones mediante programas específicos de ocupación y formación?

Las nuevas derechas se van encontrando con las más tradicionales, particularmente en Europa, alrededor de la oposición a las agendas ecológicas. Unas desacreditan la urgencia climática, otras preconizan una “pausa ambiental”. Logran así un apoyo importante en los sectores cuyos intereses materiales resultan seriamente afectados por las restricciones a formas contaminantes de la producción. Será muy difícil disminuir los daños ecológicos del extractivismo latinoamericano sin transitar hacia modalidades de la producción que respalden la ocupación a la vez que permiten producir mejores bienes y servicios socialmente necesarios con menor uso de recursos naturales. Todo avance en tal dirección requiere el involucramiento permanente de los productores directos, sustentado en su organización y la mejora de su formación. Requiere también una mucho mayor generación de “conocimiento situado”, directamente ligado al contexto, con nivel científico al alza. Evocando ciertas experiencias exitosas durante la pandemia y el aprecio que suscitaron en la ciudadanía, un gobierno preocupado por esos asuntos podría convocar a un esfuerzo extraordinario y sistemático de la CTI propia para colaborar en ese tránsito. Como sea, aquí radica el nudo mayor a resolver para caminar hacia algo que pueda ser visto como Desarrollo Humano Sostenible.

Impulsar las ideologías afines a la solidaridad tiene que ver con las orientaciones éticas de los grupos que se proponen cultivarla, con su poder organizacional, con la atención que brinden a

la formación, con su disposición a recurrir al conocimiento. La solidaridad se afirmará económica y políticamente si contribuye a la eficiencia para hoy y para mañana.

Referencias

- Alzugaray Ribeiro, Santiago (2023): *Ciencia y Tecnología para el arroz en Uruguay. ¿Un camino sin alternativas?* Universidad Nacional de San Martín: Tesis de Doctorado.
- Amarante, V., Arim, R. y Perazzo, I. (2009): “El impacto de las políticas para la reducción de la pobreza sobre la agencia”. En: Cortina A. y Pereira, G. Editores *Pobreza y libertad. Erradicar la pobreza desde el enfoque de Amartya Sen*. Madrid: Tecnos, 263-280.
- Arocena, R. & Sutz, J. (2012): “Research and innovation policies for social inclusion: an opportunity for developing countries”. *Innovation and Development* 2 (1), 147-158.
- Arocena, R. y Sutz, J. (2024): “La cuestión del desarrollo: autocrítica y perspectivas”, en G. Caetano y E. Nieto coordinadores *Mutaciones silenciosas en el Uruguay contemporáneo*. Montevideo: Editorial Banda Oriental, en curso de publicación.
- Arocena, R. (2024): "Sobre las posibilidades de un nuevo desarrollo latinoamericano: poder, conocimiento y agencia. Una mirada desde Uruguay". En: Sutz, J. y Bortagaray, I. (Comp.) *Desarrollo, ciencia, tecnología, innovación y sus interacciones. Perspectivas y propuestas diversas*. Montevideo: Fin de Siglo, 21-82.
- Banerjee, A. V. & Duflo, E. (2019). *Good Economics for Hard Times*. PublicAffairs.
- Bertoni, R, coord. (2023). *Manual de curso Problemas del desarrollo*. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de la República.
- Bianchi, C. e Isabella, F. (2024): “Crecimiento inclusivo sin cambio estructural. Políticas públicas en Uruguay 2005-2019”. En: Sutz, J. y Bortagaray, I. (Comp.) *Desarrollo, ciencia, tecnología, innovación y sus interacciones. Perspectivas y propuestas diversas*. Montevideo: Fin de Siglo, 325-360.
- Bobbio, N. (2009): *Teoría general de la política*. Madrid: Editorial Trotta.
- Bodemer, K. (1998): “La globalización. Un concepto y sus problemas”, *Nueva Sociedad* 156 . 54-71.
- Bortagaray, I. & Gras, N. (2014): “Science, Technology, and Innovation Policies for Inclusive Development: Shifting Trends in South America”. En Crespi, G. and Dutrénit, G. (eds.), *Science, Technology and Innovation Policies for Development*. Springer, 255-285.
- Bourdieu P. (2013/1972): *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge University Press.
- Collins, R. (2004): *Interaction Ritual Chains*, Princeton University Press.
- Dunn, J. (2000). *The Cunning of Unreason. Making Sense of Politics*. London: Basic Books.

- Fajnzylber, F. (1984): *La industrialización trunca de América Latina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Feldmann, A. E. & Luna, J. P. (2023): *Criminal Politics and Botched Development in Contemporary Latin America*. Cambridge University Press.
- Fong, C., Bowles, S., Gintis, H. (2005): “Reciprocity and the Welfare State”. En Gintis et al editors, pp. 277-302.
- Frei Betto (27 de maio de 2024): “Viva os 40 anos do MST!”
https://mst.org.br/2024/05/27/viva-os-40-anos-do-mst-2/?utm_smid=11303980-1-1
- García Linera, Álvaro (2024): *La democracia como agravio*. Buenos Aires: CLACSO; Facultad de Ciencias Sociales.
- Gerth, H.H., and Mills, C. Wright. 1958. *From Max Weber*. New York: Oxford University Press.
- Giddens, A. (2009): *Sociology*. Polity Press.
- Gintis, H., Bowles, S., Boyd, R. and Fehr, E. editors (2005): *Moral Sentiments and Material Interests. The Foundation of Cooperation in Economic Life*. Cambridge: The MIT Press.
- Grabois, J. (2022): *Los Peores. Vagos, chorros, ocupas y violentos. Alegatos del humanismo cascoteado*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Halperin Donghi, T. (1996): *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid: Alianza Editorial.
- Han, Byung-Chul (2015): *The Burnout Society*. Stanford: Stanford University Press.
- Hirschman, A. (1984): *De la economía a la política y más allá*, México: FCE.
- Hirschman, A. (1982): *Shifting Involvements. Private Interest and Public Action*. Princeton: Princeton University Press.
- Hirschman, A. (1978). *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos en favor del capitalismo antes de su triunfo*. Fondo de Cultura Económica.
- Hobsbawm, E. (1997): *La era de la revolución, 1789-1848*. Buenos Aires: Crítica.
- Innerarity, Daniel (2015): *La política en tiempos de indignación*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Kolmosy, A. (2018): *Work. The Last 1000 Years*. Londres: Verso.
- Lee, Keun (2013): *Schumpeterian Analysis of Economic Catch-up. Knowledge, Path-Creation, and the Middle-Income Trap*. Cambridge UK: Cambridge University Press.

- Lee, Keun (2024): *Innovation–development detours for latecomers. Managing global-local interfaces in the de-globalization era*. Cambridge University Press.
- Lin, Justin Yifu (2012): *New Structural Economics. A Framework for Rethinking Development and Policy*. Washington: The World Bank.
- Mann, M. *The Sources of Social Power*. Cambridge University Press.

Vol. I (1986). *A History of Power from the Beginning to AD 1760*.

Vol. II (1993). *The Rise of Classes and Nation-States, 1760-1914*.

- Mann, M. (2023): *On Wars*. Yale University Press.
- Milanovic, B. (2019). *Capitalism Alone*. Harvard University Press.
- Moore, Barrington (1978). *Injustice. The Social Bases of Obedience and Revolt*. Sharpe.
- Munck, G. L. & Luna, J. P. (2022): *Latin American Politics and Society. A Comparative and Historical Analysis*. Cambridge University Press.
- Ocampo, J. A. (2014): “Trade and Finance in Development Thinking”. En Currie-Alder, B., Kanbur, R., Malone, D. and Medhora, R. editors *International Development. Ideas, Experience, and Prospects*, Oxford University Press, 295-310
- Pereira, Gustavo (2009): “Preferencias adaptativas como bloqueo de la autonomía” en Cortina A. y Pereira, G. Editores *Pobreza y libertad. Erradicar la pobreza desde el enfoque de Amartya Sen*. Madrid: Tecnos, 57-76.
- Piketty, T. (2019). *Capital et idéologie*. París: Éditions du Seuil.
- Prebisch, R. (1983). Los intereses de los países desarrollados y el desarrollo de América Latina. *Nueva Sociedad* 65, 37-40.
- Ramírez Gallegos R. (2023): “¿Cuán populares son los proyectos nacionales populares? ¿Cuán progresivos son los proyectos progresistas? Un análisis a partir del estudio de la redistribución del ingreso y la riqueza, 2000-2020” en Ramírez Gallegos R. (Coord.) (2023). *Tomar partido: trayectos, aprendizajes y desafíos para los partidos progresistas en América Latina y el Caribe*. Buenos Aires: CLACSO, 297-343.
- Rawls, J. (1999). *A Theory of Justice*, Revised Edition. Cambridge, USA: Harvard Univ. Press.
- Rosanvallon, P. (2013): *The society of equals*. Cambridge, Ma.: Harvard University Press.
- Sandel, M. (2023): *El descontento democrático. En busca de una filosofía pública*. Barcelona: Debate.

- Schenk, M. (2023): “La revolución del statu quo: reflexiones en torno al (nuevo) giro conservador de derecha en América Latina” en Ramírez Gallegos R. (Coord.) (2023). *Tomar partido: trayectos, aprendizajes y desafíos para los partidos progresistas en América Latina y el Caribe*. Buenos Aires: CLACSO, 345-382.
- Schuster, M. (2024): “¿Puede la izquierda latinoamericana prefigurar un nuevo contrato social?” en Cecilia Güemes (coord.), *Construir futuro: un contrato social para Iberoamérica*. Madrid: Fundación Carolina, 35-39.
- Semán, P. (coordinador) (2023): *Está entre nosotros. ¿De dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?* Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.
- Sen, A. (2000): *Desarrollo y libertad*. Editorial Planeta.
- Sen, A. (2009): *The Idea of Justice*. Cambridge, Ma.: Belknap Press/ Harvard University Press.
- Singer, P. (Ed.) (1994): *Ethics*. Oxford: Oxford University Press.
- Smith, A. (2009/1759): *The Theory of Moral Sentiments*. Londres: Penguin.
- Stefanoni, P. (2021). *¿La rebeldía se volvió de derecha?* Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Stewart, F., Ranis, G. & Samman, E. (2018). *Advancing Human Development. Theory and Practice*. Oxford University Press.
- Stiglitz, J. E. (2024): *The Road to Freedom. Economics and the Good Society*. N. York: Norton.
- Strobl, N. (2022): *La nueva derecha. Un análisis del conservadurismo radicalizado*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Tøye, J. (1987): *Dilemmas of Development*. Oxford: Basil Blackwell.
- Vázquez, M. (2023): “Los picantes del liberalismo. Jóvenes militantes de Milei y 'nuevas derechas’” en Semán coordinador, 81-122.
- Weber, M. (2000): *The Religion of India. The Sociology of Hinduism and Buddhism*. New Dehli: Munshiram Manoharial Publishers.
- Wolf, M. (2023): *The crisis of democratic capitalism*. New York: Penguin Press,
- Wright, E. O. (2015): *Understanding class*. London: Verso.
- Wright, E. O. (2019): *How to be an anticapitalist in the twenty-first century*. London: Verso.

- Zuasnabar, I. (2018) *Treinta años de opinión pública en el Uruguay*. Montevideo: Konrad Adenauer Stiftung.